

El Populismo en  
América Latina: La  
Experiencia de  
Caudillos de Formación  
Militar  
Perón, Velasco  
Alvarado y Chávez

Alejandro Tagle Salas

Nº 7

Marzo de 2004

## DOCUMENTOS DE FACULTAD

Director Responsable:

*Patricio Gajardo Lagomarsino*

Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y  
Administración Pública

Editor

*Andrés Benavente Urbina*

Instituto de Estudios y Gestión Pública

### COMITÉ EDITORIAL

*Raimundo Heredia Vargas*

*María Teresa Verdugo Rojas*

*Cristián Pertuzé Fariña*

*Miguel Ortiz Sarquis*

Coordinadora de Redacción:

*Miguel Ortiz Sarquis*

### CONSEJO INTERNACIONAL

*Martha E. Zarif* (Argentina)

*Julio A. Cirino* (Argentina)

*Rene Castro Berardi* (Brasil)

*Tito Livio Caldas* (Colombia)

*Alejandro Muñoz-Alonso Ledo* (España)

*Ambler Moss* (Estados Unidos)

*Norman Bailey* (Estados Unidos)

*Ricardo Méndez Silva* (México)

Diseño de Portada:

*LOM ediciones*

Documentos de Facultad es una publicación del Instituto de Estudios y Gestión Pública de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Central de Chile, que acoge los aportes de investigaciones y reflexiones académicas sobre las temáticas propias de la ciencia política y la administración pública.

Su periodicidad es bimensual entre marzo y diciembre de cada año y está abierta a recibir artículos de colaboración para ser evaluados por el Comité editorial. La extensión de los mismos no debe superar las 60 carilla escritas a espacio y medio en arial 12 y deben adjuntarse en diskette.

Los artículos aquí publicados son de exclusiva responsabilidad del autor y no representan necesariamente el pensamiento y opinión de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública.

## CARTA DEL EDITOR

**DOCUMENTOS DE LA FACULTAD**, presenta en su séptimo número el estudio “El Populismo en América Latina: la experiencia de caudillos de formación militar”, del ingeniero comercial Alejandro Tagle Salas. El autor, luego de trazar un perfil conceptual del populismo que ha existido en nuestra región a partir del siglo XX, se focaliza en tres experiencias distintas en el tiempo y diferentes en sus características, pero vinculadas por el hecho de que quienes las encabezan son caudillos de formación militar: Juan Domingo Perón, en Argentina; Juan Velasco Alvarado, en Perú, y Hugo Chávez, en Venezuela.

En el origen militar de los mencionados gobernantes, Tagle ve la existencia de factores comunes: la propensión al autoritarismo en el ejercicio de sus funciones, lo que se visibiliza aun cuando tal circunstancia se inscriba en el procesalismo democrático, como acontece con Perón y Chávez; el compartir la visión de un fortalecimiento desmedido del Estado, lo que es asociable con la idea castrense de sinonimizar la idea de “grandeza de la Nación” con la “grandeza del Estado”. Esta premisa, como lo muestra el autor, tiene efectos en las respectivas economías. La idea de mostrar su experiencia de gobierno como confrontacional respecto a enemigos externos (el imperialismo norteamericano en los dos primeros casos, el neoliberalismo en el tercero) e internos (la “oligarquía”, los “ricos” o “poderosos”) tiene que ver con la lógica aprendida en los años de formación militar, en que alcanzar el desarrollo pasaba por el desafío estratégico de “vencer al enemigo”.

Alejandro Tagle aplica en su análisis la racionalidad propia de su formación académica y ello constituye por sí un aporte de suyo importante en el tratamiento de una temática donde los enfoques relativos a las características de la gestión de gobierno no son los que han estado más presentes.

Finalmente, su propuesta de incluir a Hugo Chávez en las experiencias de populismo tradicional y no catalogarlo como “neopopulismo”, ofrece un interesante punto a debatir acerca de las fronteras entre uno y otro tipo de fenómeno.

ANDRÉS BENAVENTE URBINA  
EDITOR



# El Populismo en América Latina: La Experiencia de Caudillos de Formación Militar Perón, Velasco Alvarado y Chávez

ALEJANDRO TAGLE SALAS\*

## INTRODUCCIÓN

### *Consideraciones en Torno al Concepto de Populismo*

El presente estudio aborda el fenómeno del populismo tradicional en América Latina, interrelacionando sus aspectos políticos y económicos. Para algunos, como Paul Drake, el populismo «implica un conjunto de políticas reformistas que intentan promover el desarrollo sin provocar un conflicto clasista explosivo<sup>1</sup>». Más precisamente, para Dornbusch y Edwards, «el populismo económico es un enfoque de la economía que destaca el crecimiento y la redistribución del ingreso y menosprecia los riesgos de la inflación y el financiamiento deficitario, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos ante las políticas agresivas ajenas al mercado»<sup>2</sup>.

Sostenemos que el populismo se corresponde a una antigua -y perversa- práctica política y económica de nuestra región latinoamericana. A mediados del pasado siglo XX alcanzaba su auge con el gobierno de Juan Domingo Perón en Argentina. En Chile, país sin demasiados recursos económicos, no tuvo un modelo típico de populismo redistributivo en materia económica, pero sí se percibieron algunos rasgos políticos por esos años. Posteriormente, en el gobierno de Salvador Allende, si bien

\* Ingeniero Comercial, Universidad del Desarrollo. Ejecutivo del área de seguros en el conglomerado de empresas del Grupo Lusik

1 Drake, Paul: «Requiem for Populism?», Albuquerque University of New Mexico Press, 1982, pag. 218.

2 Dornbusch, Rudiger y Edwards, Sebastián: «La Macroeconomía del Populismo», en Dornbusch y Edwards, compiladores, «La Macroeconomía del Populismo en América Latina», México, Fondo de Cultura Económica, 1992, Pág. 17.

había una clara estrategia de socialismo de planificación centralizada, las medidas del primer año tuvieron una connotación populista.

El populismo económico, por ser siempre cortoplacista y por centrar sus afanes sólo en la redistribución de los ingresos y de la riqueza, no pudo configurar nunca una estrategia de desarrollo sustentable, y a corto o mediano plazo terminaba colapsando, dejando al país que lo había tenido sumido en una profunda crisis económica y política. Cuando ya todo indicaba que el populismo se había retirado a la historia, han surgido en América Latina de nuestro tiempo algunas expresiones del mismo, en contestación aparente a las crisis económicas de los años noventa.

Los programas populistas apuntan a la reactivación económica para redistribuir el ingreso sin vincularse a una estrategia de desarrollo de largo aliento. Para ello recurren al incremento de los salarios sin preocuparse mayormente que ello provoque presiones inflacionarias. Cuando el país dispone de recursos o de reservas, las medidas inmediatas del populismo resultan exitosas y efectivamente se produce una redistribución del ingreso, sin embargo, a corto o mediano plazo se van creando cuellos de botella en la economía tanto por una expansión de la demanda que no puede ser satisfecha, como porque la inflación comienza a aumentar y esta vez los salarios ya no aumentan. Fuera de ello, dado que el Estado quiere evitar el quiebre de los resortes redistributivos aplica fuertes subsidios que terminan traducándose en incremento del déficit presupuestario. Producidas las primeras señales de dificultades en la economía, siguen -por lo general- procesos de aceleración de la inflación, de escasez que va generalizándose, mayor déficit fiscal y una franca desestabilización macroeconómica que da paso a climas de conflictividad social e inestabilidad política.

El populismo es un fenómeno político que América Latina ha vivido con singular intensidad en el siglo pasado, y que se ha adentrado en el actual a través del caso de Venezuela de Hugo Chávez. Sin entrar aún a conceptualizarlo, señalemos que su aparición en el quehacer político es una reacción, ligada al caudillismo, frente a las exigencias de modernización y de mayor participación que se plantean en nuestras sociedades.

Este tipo de respuesta vincula planteamientos demagógicos en lo

discursivo -formal-, con uso de los resortes del poder y el recurso a la intervención estatal en función de atender demandas sociales de corto plazo.

Las políticas instrumentales que utiliza el populismo económico son: incrementar los salarios para obtener el apoyo de los trabajadores movilizados que han sido beneficiados con la medida; subsidios a la industria para obtener apoyo de las empresas nacionales orientadas al mercado interno; utilizar los déficit fiscales para estimular la demanda interna; controles de precios que unidos al aumento de salarios operan como una herramienta redistributiva. Los significados políticos y no meramente técnicos que tienen este tipo de políticas reflejan que «el populismo se arraiga en las luchas políticas distributivas que han caracterizado a América Latina desde el inicio del siglo XX»<sup>3</sup>, y que por muchos años permitió explicar la profunda discontinuidad de las políticas económicas.

Angus Stewart apunta que «Los movimientos populistas se fundan en la creencia de que es posible controlar el proceso de modernización y comparten una característica común: la búsqueda de una síntesis entre los valores básicos de la cultura tradicional de la sociedad en que aparecen y la necesidad de modernización»<sup>4</sup>.

En un tiempo se pudo sostener que las expresiones populistas se daban en las sociedades agrarias, tales como la sociedad rusa pre-revolución. Posteriormente, sin embargo, se evidenciará la aparición de este fenómeno tanto en el paso de una sociedad rural a una sociedad industrial, como en el desarrollo inicial del propio proceso de industrialización.

Es también posible encontrar rasgos de populismo en estructuraciones políticas de corte totalitario, como es el caso del nazismo alemán y del fascismo italiano, en cuanto la convocatoria al pueblo se hace en base a elementos que parten de una instrumentalización de sentimientos y reivindicaciones inmediatas de la masa, sólo que frente a ellas, este tipo de regímenes no tiene el comportamiento de los dirigentes caudillistas de darles una respuesta de corto plazo, sino que le ofrecen canalizar tales demandas a través del discurso y de los planes del movimiento. Sólo así es posible explicar hechos que son reales: el nazismo alemán y el fascismo italiano llegan al poder contando tras sí con un respaldo ampliamen-

3 Kaufman, Robert y Stallings, Bárbara: «La economía política del populismo latinoamericano», en Dornbusch y Edwards, compiladores, «La Macroeconomía del Populismo en América Latina», México, Fondo de Cultura Económica, 1992, Pág. 28.

4 Stewart, Angus: «Las raíces sociales», en Ionescu, Ghita y Gellner, Ernest (compiladores): «Populismo. Sus significados y características nacionales», Amorrortu editores, Buenos Aires, 1970, p. 229.

te mayoritario, aunque ciertamente inorgánico, dándose aquí otro elemento vinculante con el populismo tradicional.

El populismo estima como deseable una relación lo más directa posible entre el pueblo y sus líderes, no siendo necesaria la mediación de instituciones. Esto no quiere decir que siempre se prescindiera de las instituciones establecidas, pero casi siempre éstas terminan siendo meramente decorativas (el Parlamento en el caso del Peronismo en sus primeros gobiernos) o se entra a un período de franca crisis institucional (caso del alessandrismo en la década del veinte, del velasquismo ecuatoriano en la década del cuarenta y en los años setenta).

Lo anterior se puede entender, siguiendo a Worsley, porque «Suele verse que tales estilos de participación popular van a menudo acompañados de una creencia casi religiosa en las virtudes propias de la gente común, incorrupta y simple, y una desconfianza opuesta de los sagaces, estériles, arrogantes, aristocráticos, ociosos, adinerados, innecesarios desde el punto de vista funcional y básicamente corrompidos. Es una ideología del resentimiento contra el orden impuesto a la sociedad por una clase gobernante establecida tiempo atrás, a la cual se supone gozando del monopolio del poder, la propiedad, la educación y la cultura. Va en busca de una justicia sustancial y no le preocupará en absoluto las reglas o sistemas legales tradicionales»<sup>5</sup>.

Sin embargo, no es posible reducir la cuestión populista sólo a sus expresiones puras. En regímenes políticos democráticos, con partidos gobernantes que adscriben una determinada ideología, como la comunitaria o social cristiana y como la socialista, se dan también algunos elementos de populismo en su afán de encontrar y mantener una amplia legitimidad social de respaldo a los cambios estructurales que en su momento propiciaron en América Latina. En este punto, la dimensión populista se hace compatible con la metodología democrática en lo formal.

En suma, cuando se está ante el concepto de populismo hay que tener presente que se trata ante todo de un fenómeno político complejo, que no constituye en sí un pensamiento alternativo, sino que es un estilo o método de hacer política y de gobernar, pudiendo conciliarse tanto con expresiones políticas de derecha, como de izquierda, con regímenes au-

5 Worsley, Peter: «El concepto de populismo», en Ionescu y Gellner, op. cit. p. 299.

toritarios como con democráticos formales. Es en este contexto que analizaremos las incidencias del populismo en el desarrollo político latinoamericano.

### *1. Populismo y Modernización*

Se ha planteado en el punto anterior que el populismo se da como respuesta a un proceso de modernización. Es una respuesta primaria, que no tiende a asumir lo profundo del sistema democrático, ni lo complejo que es el sistema de toma de decisiones, ni menos aun comprende que el proceso de modernización importa considerar una multiplicidad de variables.

Se busca de manera casi intuitiva un cambio tecnológico y un desarrollo económico. Ello requiere de la incorporación de nuevas estructuras en la sociedad y de cambios en el nivel institucional. Para llevarlos a cabo se vincula el logro de aquellos objetivos con la meta de un desarrollo extendido hacia todos los sectores de la población y con el recurso de mecanismos redistributivos que buscan realizar la aspiración de justicia social. A través de este tipo de mediaciones, tanto el cambio tecnológico como el desarrollo económico adquieren importancia simbólica porque hacen hincapié en futuros beneficios sociales.

La dimensión populista para afrontar la modernización es de corte autocrático, aunque se revista formalmente de procedimientos democráticos. El más claro ejemplo de un populismo modernizante y autocrático que se verá luego lo constituye el régimen de Juan Velasco Alvarado en Perú, que resultó ser paradigmático para vastos sectores de izquierda nacionalista de la época.

Como lo plantea Apter, en estos casos «el gobierno actúa sobre la gente. Esto, a su vez, lleva al fortalecimiento de las facetas jerárquicas e ideológicas del control sobre la sociedad en general. El líder y el Estado tienden a identificarse».

La movilización populista en pos de la modernización se basa en la premisa, simbólica por cierto, de que se está avanzando hacia la conquista del futuro, dejando atrás un pasado que es estimado como negativo. De

allí que el populismo se plantee como una modificación total de las prácticas políticas, haciendo un corte profundo con estilos alternativos.

La modernización respecto de la cual el populismo se ofrece como tentativa de respuesta es aquella que dice relación con un desarrollo económico básico, centrado en la industrialización, y con un desarrollo político aun más embrionario como es el surgimiento de las demandas de participación, respecto de las cuales este fenómeno político responde promoviendo una movilización inorgánica que apunta a una suerte de democracia directa. Así entendido el proceso modernizador, dista mucho de ser una modernización política que dé cuenta de un desarrollo político, el cual según la conceptualización de Jaguaribe es Modernización política más Institucionalización política<sup>6</sup>.

El populismo es lo contrario a un proceso de institucionalización política. Por lo mismo, siendo un intento de respuesta a la modernización primaria resulta ser un freno a la dinámica de ésta y la afirmación más clara de que no se siente como necesario un proceso de institucionalización política. En tal sentido, el fenómeno populista en su expresión más cabal no significa sino un último esfuerzo de una pauta conservadora para enfocar los problemas y demandas sociales, ubicándose claramente en la pre modernidad.

## *2. Populismo e Ideología*

Al ser el populismo una dimensión política que apunta a un método de enfocar los problemas sociales, a un estilo de gobernar y de hacer política, no dice relación directa e inmediata con la cuestión de la ideología, tanto más si bajo el sello de populismo podemos encontrar gobiernos de variado tipo. Sin embargo, la manera como el populismo se plantea, con exclusión de otras opciones políticas y otras formas de enfocar la cuestión de la modernización, termina adoptando componentes de tipo ideológico.

Al mencionar el concepto de ideología, debemos precisar su alcance conceptual y sus rasgos más relevantes.

6 Jaguaribe, Helio: «Desarrollo Político: sentido y condiciones», Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 36.

Para Karl Loewenstein ideología es «un sistema cerrado de pensamientos y creencias que explican la actitud del hombre frente a la vida y su existencia en la sociedad, y que propugnan una determinada forma de conducta y acción que corresponde a dichos pensamientos y creencias y que contribuye a su realización»<sup>7</sup>.

La ideología lleva de manera implícita el desarrollo del conflicto. Al efecto, es útil tener en consideración la caracterización que hace de la ideología el autor Kennet Minogue. En su concepto la ideología se caracteriza por su criticismo social. El enfoque hacia el pasado y el presente de la sociedad es crítico en función de proponer su modificación, así no sea para la reafirmación de ideas de un pasado que no se proyecta al presente. El criticismo social lleva aparejado el dogmatismo al presuponerse que hay una sola manera correcta de construir el futuro.

Siguiendo a Minogue se puede afirmar que la ideología, al ser un sistema cerrado de creencias, opera como si fuese una revelación, es decir, se siente portadora de un restringido cuerpo de conocimientos sin el cual nada de lo que acontece en el quehacer social tiene mayor sentido. Y una revelación, como apunta el autor, no puede ser juzgada en términos de ninguna otra cosa, pues ella misma es el criterio de lo que es. De este modo juzga al mundo, pero trata de protegerse de los juicios que se puedan hacer sobre ella. Las religiones contienen, en propiedad, revelaciones.

Las ideologías operan como si también las contuviesen. Y esto es un elemento vital para empujar a la acción. Todo esto lo lleva a concluir que: «Las revelaciones juzgan sin ser juzgadas. Es una superioridad que presenta pocos problemas en una sociedad tradicional en la cual no se ha desarrollado ninguna pluralidad de puntos de vista independientes. La revelación constituye la cultura toda, y no hay nada fuera de ella. El mundo moderno, sin embargo, es un desorden infinito en el cual las creencias se atacan la una a la otra»<sup>8</sup>.

La vinculación de la ideología con la acción política, plantea una cuestión de fondo: la relación de la ideología con el poder. La ideología busca realizarse desde el poder político. Es a través de él como se realizarán en concreto las transformaciones que se proponen. Desde el poder

7 Loewenstein, Karl: «Teoría de la Constitución», Barcelona, editorial Ariel, 1964, Pág. 31.

8 Minogue, Kennett, «La Teoría Pura de la Ideología», Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericana, Pág. 210.

político se pretende, entonces, construir modelos ideales de sociedad, frente al cual toda otra propuesta alternativa o no tiene un sentido reconocido o simplemente es proscrita. Y obviamente al vincularse ideología con poder político, la conflictualidad puede llegar a caracteres dramáticos o terminales respecto de los sistemas institucionales.

Para Dowse y Hughes «La ideología contiene un conjunto de valores políticos, de situaciones deseadas por las que se lucha, que se tratan de alcanzar y, en algunos casos, de mantener. Estos valores políticos se asientan sobre afirmaciones acerca de la naturaleza del hombre que llevan a su vez a deducciones sobre las formas de sociedad más apropiadas para esa naturaleza»<sup>9</sup>.

En un esquema populista, el líder o el gobernante se percibe y se hace percibir como quien corrige una carencia de justicia que ha caracterizado al régimen anterior. En torno de ello se crea una mística convocante que, al decir de Apter, «promete a cada persona la oportunidad de comenzar de nuevo frente a posibilidades de vida renovada»<sup>10</sup>.

El populismo, con la presencia del líder, con sus consignas, con sus rituales, con la sensación de ser la única respuesta posible, adopta el sentido de una religión política, donde lo que no cabe dentro del esquema simplemente no es considerado como viable. Desde esta óptica, sí que populismo e ideología se entrecruzan. El mismo Apter describirá bien esta relación cuando sostiene: “Esta tendencia es el resultado de un deseo, por parte de los líderes políticos, de transformar la jerarquía prevaleciente de poder y de -prestigio, más bien que redistribuir los antiguos roles. La religión política es el medio empleado, porque traduce la moralidad en autoridad. Sin religión política, las convenciones más antiguas o más establecidas podrían resistir con eficacia la innovación; es decir, que los nuevos roles podrían fracasar en el reemplazo de los antiguos asociados con el ejercicio del poder y del prestigio, y de este modo la autoridad del sistema de movilización se debilitaría... El Estado -concluye- no es sólo el maestro y el guía de los propios ciudadanos; también es una metrópoli religiosa para la conversión de los infieles desde fuera»<sup>11</sup>.

Que Perón, en el auge del esquema populista, hiciera gravitar tanto a Eva Duarte, su esposa, mujer sin mayor conocimiento político, y ésta fuese aceptada por la masa argentina como su conductora en un fenómeno no

9 Dowse y Hughes: «Sociología Política», Madrid, Alianza Editorial, 1976, Pág. 303.

10 Apter, David: «Política de la Modernización», Buenos Aires, Editorial Paidós, 1972, p. 289.

11 Ibidem, p. 294.

igualado en América Latina posteriormente, no sólo está revelando un cambio profundo en las percepciones políticas, sino está *enfaticando* ese sentido religioso que adquieren los populismos al *enfaticar* sus caracteres ideológicos.

Que en opciones políticas más modernas, pero con un innegable contenido populista en algunas de sus proposiciones, como lo fue el proyecto de la Democracia Cristiana chilena de llevar a cabo la “Revolución en Libertad”, tuviesen un sello excluyente, si bien apunta a un rasgo ideológico, también se entrecruza con caracteres del populismo al tenerse en consideración el mesianismo con que dicho proyecto se pretendía legitimar como opción de cambio social. Pero si el populismo, de un lado, se puede entrelazar con los ideologismos, también -desde otra perspectiva- se vincula al mesianismo político. Los movimientos mesiánicos se entroncan con la concepción milenarista de la sociedad y de la política.

En América Latina, entre varios casos que se pueden citar, está la presencia del “sebastianismo” en Brasil del siglo XIX, que se prolonga, a través de diversas expresiones, hasta la primera mitad del siglo XX.

El “sebastianismo” tiene su origen en Portugal, a partir de la muerte del Rey Sebastián a los dieciséis años en la batalla de Alcazarquivir, en África, en la segunda mitad del siglo XV. Muerto Sebastián sin dejar herederos, Portugal entra en una crisis política profunda que culmina con la pérdida de su independencia a manos de España. Se alimentó, entonces la leyenda de que el Rey no estaba muerto, sino prisionero de los moros en la Isla de las Brumas, de donde debía regresar para liberar a su pueblo. Cuando Portugal se libera de España en 1640, la leyenda no muere sino que adquiere otra dimensión. Al haber perdido gran parte de su Imperio, Portugal queda convertido en un país secundario. Sebastián regresaría entonces para hacer volver los tiempos de grandeza.

La leyenda de Sebastián llegó a Brasil y en 1835, Joao Ferreira proclama en Pernambuco, que él era un enviado del rey, el que era víctima de un encantamiento que estaba a punto de terminar y le enviaba como su mensajero para que anunciase su próximo regreso, esta vez a Brasil. Se inauguraría entonces un reino de felicidad perfecta: los negros se volverían blancos, los pobres en ricos y éstos en poderosos.

Para acelerar el regreso del rey había que obedecer a Ferreira, el que funda una aldea con 300 fieles. Esto duró varios años hasta que el líder señala que para liberar al rey es necesario realizar sacrificios humanos, muriendo 30 niños, 12 mujeres y 11 hombres. En ese instante la autoridad provincial toma medidas y reprime a los seguidores de Ferreira, con quienes debe librar una verdadera batalla.

El caso relatado es el puente entre lo mitológico y lo real. Entre la creencia “religiosa” y la política. Ferreira logró formar tras sí una comunidad, con sus propias reglas, con su propio proyecto. Otros vendrían después, con menos ataduras respecto de lo mítico, pero siempre invocando el mesianismo de que a través de sus planes y de su intermediación se llegará a una etapa de realización y felicidad plena. Este es un contenido mesiánico que todo populismo tiene.

Con diferentes características coyunturales y tomando en consideración el dato ineludible de la secularización de la sociedad moderna que la separa tajantemente de la sociedad tradicional, en nuestros días se percibe la vigencia de un mesianismo político como elaboración de un movimiento no orgánico de resistencia a la modernidad. Pensamos que tiene vigencia lo que afirmara María Isaura Pereira respecto del mesianismo: «La doctrina mesiánica parte del postulado de la igualdad humana. Sin embargo, la diversidad humana se considera un hecho superficial, al que no debe concederse demasiada importancia: en lo más profundo de sí mismos, más allá de las diferencias de raza, de nacimiento y de fortuna, los hombres son iguales en cuanto hijos de Dios. La diferenciación social se considera implícitamente opuesta a la naturaleza del hombre y de la sociedad misma... No obstante, en la sociedad moderna se ha olvidado esta ley y se han hecho segregaciones cada vez mayores. Hay que tratar de abolir todo lo posible las divergencias para que la identidad pueda manifestarse en todo su vigor: tal es la tarea primordial y deliberada de los movimientos mesiánicos»<sup>12</sup>.

12 Pereira de Queiroz, María Isaura: «Historia y Etnología de los Movimientos Mesiánicos», Ediciones ERA, México, 1969, p. 321.

Lo anterior, bajo diferentes conceptualizaciones y denominaciones, ¿no contiene acaso un elemento vinculante de las más diversas expresiones de populismo, desde los más puros como el peronismo y el varguismo brasileño o el velasquismo peruano, hasta las proposiciones más ideologizadas, pero con rasgos populistas, como el comunitarismo de-

mócrata cristiano y la aspiración del “hombre nuevo” del socialismo marxista?

### 3. *Populismo y liderazgo carismático*

Por último, en estas reflexiones introductorias, veamos lo concerniente al liderazgo carismático que siempre acompaña a las expresiones populistas, en cuanto éstas requieren una personificación de la convocatoria.

El líder o figura carismática deriva de la figura patriarcal de las sociedades primitivas, en que el Patriarca era el caudillo natural de la respectiva sociedad y quien se ocupaba de la satisfacción de las necesidades de la población que dirigía. En materia de justicia temporal estaba colocado por sobre las querellas de los individuos, respecto de las cuales era llamado a resolver. El Patriarca era un “sabio” cuyos juicios demandaban una validez absoluta.

A su vez la actitud de los seguidores del caudillo o del líder populista, se deriva de aquella caracterización del hombre primitivo que, al decir de Weber, ve en todas las influencias que determinan desde lo externo su vida, el efecto de potencias específicas, propias de las cosas, tanto animadas como inanimadas, y de los hombres, tanto vivos como muertos, potencias que les confieren el poder de beneficiarle o perjudicarlo. «Las cualidades mágicas y heroicas son sólo casos especialmente importantes, afirmará Weber, de tales potencias específicas. Todo hecho situado fuera del marco de lo corriente hace surgir potencias carismáticas; toda capacidad fuera de lo común hace brotar una creencia carismática»<sup>13</sup>.

El populismo tiene un contenido mágico como el descrito por Weber. De allí que el caudillo o el líder pueda no sólo tener una convocatoria amplia sin mayor necesidad de explicaciones, sino que además demandar de sus seguidores comportamientos de cierta incondicionalidad. Es lo que legitima la acción discrecional de él, y lo que le otorga esa capacidad de conducir al país hacia un futuro que él ha sido capaz de prever.

Hemos insinuado la diferencia entre caudillos y líderes. Los primeros son expresiones típicas del populismo. Los segundos responden más bien a esquemas democráticos, pese a que en estos, en algunas ocasiones, como

13 Weber, Max: «Economía y Sociedad», México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 867.

se ha repetido en párrafos anteriores, se den rasgos de populismo. El diferencial respecto del caudillo lo señala el politólogo Luis Artemio Melo: «El liderazgo entendido como la relación de fines limitados no supone la enajenación total de la voluntad de los adeptos, o sea, que los valores asumidos por el líder se entienden como instrumentales y por consiguiente, condicionados, es decir limitados»<sup>14</sup>.

La dominación carismática importa una relación de tipo personal. Se basa en los rasgos de la personalidad del gobernante que se proyectan sobre su acción y le dan sentido a su proyecto. Estos rasgos provocan una reacción afectiva de sus seguidores. Por lo mismo su relación con la masa no requiere de una mediación demasiado estructurada, ya que todo se concentra en la personalidad del caudillo populista.

El velasquismo ecuatoriano, opción política por tantas décadas en Ecuador, nunca fue algo después de la muerte del anciano caudillo. El velasquismo peruano se fue diluyendo en diversas agrupaciones cada vez más minúsculas hasta desaparecer. El varguismo brasileño logró proyectarse durante algunos años en el Partido Trabalhista, pero éste sólo subsistió experimentando una radicalización que lo desdibujaría y que precipitaría la caída de la democracia. En el retorno democrático terminó por diluirse. Sólo el peronismo será una excepción al permanecer y proyectarse como fuerza gobernante más allá de la muerte de Perón, aun cuando en la Presidencia de Menem comenzó el proceso de desdibujamiento que caracterizó el laborismo-brasileño.

14 Melo, Luis-Artemio: «Compendio de Ciencia Política», tomo 1, Buenos Aires, 1979, p. 219.

## I. EL FENÓMENO POPULISTA EN AMÉRICA LATINA

El populismo aparece en Latinoamérica cuando la sociedad se masifica. Pero, dentro de ese contexto general, hay que considerar la concurrencia de algunos factores singulares: En primer lugar, la crisis económica de los años veinte estimulará la aparición de caudillos que brindan respuestas reformistas a las demandas sociales: Vargas llega al poder en Brasil tras la crisis del café en 1929; Haya de la Torre alcanza un liderazgo nacional en Perú luego del crack de la economía en ese mismo año. En la Argentina de los treinta, luego del fracaso del último gobierno de Irigoyen, se insinúa la aparición de un populismo militar que en definitiva lo personificará Perón. En segundo término, hay que considerar un factor de tipo psicológico y que consiste en la inseguridad que las masas perciben luego del agotamiento del viejo modelo político y del efecto de la crisis económica. Esa sensación de inseguridad hará que se inclinen hacia figuras providenciales. Un tercer elemento, es la desconfianza que existe en la masa respecto de las fórmulas liberales, teniendo presente que por esos años en Europa también el liberalismo político se encuentra en crisis y es reemplazado o por gobiernos tributarios de la concepción de Estado de Bienestar o por gobiernos autocráticos y totalitarios.

Caracterizando al populismo hispanoamericano podemos apuntar los siguientes rasgos:

- a. Se basa en una relación de mando-obediencia, o planteado en otros términos, clientelismo político. El liderazgo proviene desde las capas ilustradas de la sociedad y opera hacia la masa. Al señalarse tal estrato se incluye en él, por cierto, a los militares.
- b. El populismo descansa en una base popular, que mayoritariamente ha sido protagonizada por masas urbanas, fáciles al estímulo

demagógico y prontas a la movilización política y social, pero no en un sentido de protesta o contestatario, sino de reafirmación de apoyo al líder mesiánico.

- c. El populismo no posee un contenido doctrinal, sino que se articula en torno a un conjunto de reivindicaciones sociales básicas o en aspiraciones colectivas, que se inspiran en términos de simple justicia redistributiva, las que son confiadas en su resolución al actor caudillista. Al decir de Alan Ángel, para quien los movimientos populistas «no poseen una doctrina precisa, sino que se mantienen unificados en torno a un conjunto de reivindicaciones sociales básicas, o en un estado de entusiasmo colectivo inspirado en los términos de simple justicia redistributiva»<sup>15</sup>.
- d. El populismo clásico es estatista, pues supone un Estado sobredimensionado, con cuyos recursos realiza su labor redistributiva. Por eso, al decir de Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero «ningún populismo ha sido ideológica y políticamente antiestatal; muy por el contrario, ha acordado siempre al Estado un papel al mismo tiempo positivo que central», en una suerte de «fetichización del Estado»<sup>16</sup>.
- e. El líder carismático o el caudillo juega un rol clave en el populismo. Es él quien ejerce un control sobre las masas. Y esto lo podemos observar con Perón en el caso argentino, con Getulio Vargas en Brasil, con Velasco Ibarra en Ecuador, con Haya de la Torre (aunque no ejerció el poder) en Perú. A juicio de Miguel Novado, investigador del Instituto Gino Germani, de Buenos Aires, el líder populista no es concebido como representante, sino como «la encarnación de los valores y aspiraciones del pueblo, lo que le confiere un gran poder de movilización»<sup>17</sup>.

Respecto de la última característica, Ianni expresa bien el rasgo señorialista del populismo: «Las reivindicaciones populistas se expresan mejor por medio de un líder personificado. Debido a la falta de práctica con las dificultades de la vida política, las masas sienten mayor facilidad para identificarse con un movimiento si lo hacen por medio de un líder, por la mediación de un patrón»<sup>18</sup>. El término patrón corresponde a su acep-

15 La cita de Alan Ángel ha sido tomada de Reveco, Juan Manuel: «Un repaso a las teorías sobre el populismo latinoamericano», en Revista Política, N°30, Santiago, Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile, diciembre de 1992.

16 De Ipola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos: «Lo Nacional Popular y los populismos realmente existentes», en Revista Nueva Sociedad N°54, Caracas, mayo-junio de 1981.

17 Novaro, Miguel: «Los Populismos Latinoamericanos transfigurados», en Revista Nueva Sociedad N°144, Caracas. Julio-Agosto 1996.

18 Ianni, Octavio: «La formación del Estado Populista en América Latina», México, Ediciones ERA, 1984, pag. 47.

ción de dueño y jefe a la vez de una hacienda. La cita es importante por cuanto significa a cabalidad no sólo la percepción que el caudillo populista tiene respecto de la masa, la que le “pertenece”, sino que también el sentido correlativo que ésta asigna a su relación con aquél: incondicionalidad para acatarle.

En el lenguaje populista latinoamericano, Jorge Graciarena anotará que los movimientos populistas se caracterizan por una retórica en contra de la «oligarquía nacional», definida de manera vaga, a lo cual agregan los componentes de nacionalismo y de antiimperialismo -aludiendo a un supuesto enemigo o conspirador externo-. Estos temas son usados para convocar a las «masas». Sin embargo, lo ideológico es secundario «pues para tener efecto el populismo tiene que volverse personalizado. La fuente de poder es aquí el líder y no la ideología, de modo que los contenidos de ésta pueden ser variados por el líder con cierta libertad»<sup>19</sup>.

Para Carlos Cousiño, investigador del Centro de Estudios Públicos, el populismo es una típica respuesta latinoamericana a los trastornos provocados por «los rápidos y devastadores procesos de crecimiento demográfico acompañados de masiva emigración hacia las ciudades capitales». El populismo, por lo tanto, tiene en la región un componente típicamente urbano. Además, «el populismo va asociado al nombre de caudillos que pueden recomponer un vínculo de lealtad personal hacia él por parte de masas urbanas que se han visto desposeídas de ese tipo de vínculos al abandonar el espacio rural para situarse en la anonimidad de la ciudad»<sup>20</sup>.

El caudillo populista aparece como un líder protector, lo que refuerza el sentimiento de paternalismo. Esto se evidencia incluso en la formulación de las políticas exteriores de este tipo de regímenes. Todos se muestran, en diferentes magnitudes, como anti norteamericanos. El antiimperialismo, para usar un concepto de Haya de la Torre, no es función del rechazo del sistema capitalista, sino que apunta a que el líder y el movimiento populista buscan reforzar su propia identidad: ellos son los protectores del pueblo, y no aceptan que una potencia extranjera los intente dominar o condicionar. Hay pues, un sentimiento nacionalista en la protección de que hablamos, y ello sirve tanto para movilizar a las masas, como para fortalecer al Estado y a los esquemas proteccionistas en lo económico.

19 Graciarena, Jorge: «Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina», Buenos Aires, editorial Paidós, 1972, Pág. 131.

20 Cousiño, Carlos: «Populismo y radicalismo político durante el gobierno de la Unidad Popular», en Revista Estudios Públicos, N°82, Otoño 2001.

Otro rasgo del populismo es su propensión a realizar reformas socio-políticas. Se encuentra en verdad ante el colapso de una forma de Estado y de sistema cerrado u oligárquico y tiene en frente a demandas inorgánicas de mayor participación. La salida posible, para evitar la crisis, es asumir un margen de reformas. Sólo que estas, en vez de institucionalizarse, aparecen como “concesiones” derivadas de la “genialidad” del caudillo. Nuevamente es él quien fija las directrices a los seguidores. Al no ser institucionalizado el proceso de reformas, apuntará Di Tella, este descansará, aparte de la voluntad del gobernante, en una masa movilizada en torno a determinadas aspiraciones, produciéndose «un estado emocional difundido que favorece la comunicación entre líder y seguidores»<sup>21</sup>.

Sin embargo, el seguimiento no es absolutamente pasivo. La movilización demanda una organización y esta efectivamente se da. Lo que ocurre es que las formaciones populistas no se organizan en función de proyectos de sociedad, sino alrededor de caudillos. Por eso es que en tales organizaciones cabe una variedad muy heterogénea de componentes, los que de otra forma estarían en posturas divergentes.

En otros casos es el caudillo militar que asume el poder político y desde él da vida a un movimiento populista. Es el caso del getulismo en Brasil. La diferencia la consigna Touraine cuando escribe: «Los partidos populistas se forman en sociedades movilizadas... (en otras experiencias), hay un Estado central fuerte y una política dominada por caudillos. En tales casos la política nacional popular no se ubica en partidos sino en el Estado»<sup>22</sup>. Es lo que hace Getulio Vargas: dirige un Estado poderoso, con un criterio patrimonialista, buscando una interlocución directa con la masa. Sólo cuando comprende que hay una demanda de democratización, en las postrimerías de la década del cuarenta, decide organizar su populismo en expresiones político-partidistas como será el Partido Trabalhista Brasileño.

A algunos politólogos les ha llamado la atención el hecho del porqué al salir Hispanoamérica del período oligárquico no se pasó directamente a un Estado democrático pleno, sino que se adoptó mayoritariamente -pues el caso chileno vendría a ser la excepción- la formulación populista. La explicación que suele darse es que en la masa hay una cultura con propensión al autoritarismo. Ello es una herencia de la sociedad tradicio-

21 Di Tella, Torcuato: «Populismo y Reformismo», en varios autores: «Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica», México, ediciones ERA, 1977, Pág. 48.

22 Touraine, Alain: «Actores Sociales y Sistemas Políticos en América Latina», Santiago, ediciones PREALC, 1987, Pág. 154.

nal que encuentra en el dominio hispánico su primer antecedente. En esa herencia se asigna más valor a lo ancestral que a lo extraño y ciertamente que las ideologías liberales siempre se entendieron como ajenas al mundo cultural que nuestro continente conoció. Los propios partidos marxistas en sus orígenes se plantearon como una especie de “socialismo” nacional, como el caso de Juan Carlos Mariátegui, en Perú, o Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Comunista en Chile. Gino Germani explica así este fenómeno: «Las clases populares de un país estarán tanto más expuestas a apoyar a movimientos de orientación autoritaria (de izquierda o de derecha), cuanto más tardía haya sido su integración política y cuanto más traumático haya sido el tránsito de una sociedad pre-industrial a la industrial»<sup>23</sup>.

De las aseveraciones de Germani se puede derivar la clave interpretativa para entender el porqué las masas populares pueden adherir con igual facilidad a expresiones populistas nacionalistas (peronismo), como populismos de izquierda (velasquismo peruano), o en términos generales brindar su apoyo rápidamente a esquemas políticos tan dispares como el autoritarismo socialista de Juan José Torres y el autoritarismo derechista de Hugo Banzer, en la misma Bolivia y en tiempos sucesivos. La clave es la propensión al autoritarismo que describe Germani. Para nosotros, en nuestro eje de análisis del señorialismo-filialismo, la razón radica en que la masa necesita de conductores-protectores fuertes a quienes seguir y en quienes descansar. Es una búsqueda intuitiva y emocional y, por lo mismo, no entra en consideraciones de tipo racional-ideológico. Se produce lo que De Ipola advierte en un estudio sobre el populismo: «Se utiliza tanto desde la tribuna política como desde el poder, un lenguaje en el cual el receptor (la masa) reconoce espectacularmente su propio lenguaje»<sup>24</sup>.

El populismo como respuesta societal al deseo de encauzar la inclinación del clientelismo de las masas termina fracasando. Desde luego, hay que considerar que después de la segunda guerra mundial el ideal democrático se extiende y ello representa un reto para la articulación populista. En algunos casos (peronismo) será sorteado, y en otros, demandará readecuaciones políticas. También hay que tener en cuenta la creciente importancia que tendrán las izquierdas en América Latina, aun cuando en ellas autores como Liliana de Riz verán expresiones finales del mismo

23 Germani, Gino: «Política y Sociedad en una época de Transición», Buenos Aires, editorial Paidós, 1971, Pág. 191.

24 De Ipola, Emilio: «Ideología y Discurso Populista», Buenos Aires, Ediciones Folio, 1983, Pág. 126.

populismo. Pero, como se quiera, ello importó el advenimiento de nuevas opciones políticas y nuevas formas de percibir la sociedad.

Al hablar más propiamente del fracaso de los esquemas populistas, nos referimos a que los objetivos inmediatos y específicos en torno de los cuales se articularon, estuvieron lejos de ser cumplidos. En efecto, el indigenismo del APRA con proyección continental pronto se transformó en una quimera; la industrialización brasileña anhelada por Vargas no proporcionó la independencia económica. Perón no vio concretizada su «Tercera Posición» y la reforma agraria boliviana de Paz Estenssoro acabó siendo un desastre.

## II. EL PERONISMO: EL PARADIGMA POPULISTA CAUDILLISTA

Uno de los ejemplos clásicos de populismo latinoamericano lo configura la experiencia de gobierno de Juan Domingo Perón en Argentina. El fue Presidente entre 1945 y 1951, siendo reelegido el último año para un nuevo período, siendo derrocado por las Fuerzas Armadas en 1955. Después de un prolongado exilio, retorna al país para ser elegido Presidente por tercera vez en septiembre de 1973. Fallece en el cargo en julio de 1974.

El peronismo se aglutinaría en el Partido Justicialista, existente hasta hoy, entidad que a la fecha es tan heterogénea que dentro de él caben dos personajes confrontados a fondo en el último tiempo como el ex Presidente Carlos Menem y el actual gobernante Néstor Kirchner. Como fenómeno el justicialismo ha sido caracterizado por Joseph Page como «una forma de populismo que refleja la realidad argentina, una amalgama de elementos que contiene resabios de autoritarismo y democracia social», donde lo heterogéneo es explicado por cuanto «El intento de sistematizar el justicialismo como doctrina encalló en los bancos de arena creados por el fetichismo de Perón con respecto a la flexibilidad. Él insistía no sólo en cultivar la vaguedad sino en glorificarla como virtud»<sup>25</sup>. Ambigüedad que se definía -en los tiempos del caudillo- más por sus antis que por sus propuestas de sociedad. Se le entendía, de tal forma, como «un movimiento nacional popular, como una fuerza antiimperialista y antioligárquica de tipo peculiarmente argentino», con lo que se afirmaba el acento nacionalista, donde el desarrollo «era posible si lo impulsaba un Estado intervencionista»<sup>26</sup>.

Perón llega al poder como ministro de Estado de un gobierno militar en 1943. Desde dicho rol comenzará a forjar su propia figura política que lo llevará a encabezar el poder y ser un personaje gravitante por largas

25 Page, Joseph: «Perón», Buenos Aires, ediciones Javier Vergara, 1984, Tomo I, Pág. 261.

26 Gillespie, Richard: «Soldados de Perón. Los Montoneros», Buenos Aires, editorial Grijalbo, 1987 pag. 49.

décadas. En la tesis doctoral de Peter Waldmann se dice que «el mérito de Perón consiste en haber sacado de su aislamiento social y político al gobierno militar a través del cual llegó al poder y en haber concretado sus ambiciosos planes políticos con el apoyo del pueblo, no contra la voluntad de éste». Luego agrega lo que es un factor clave en todo populismo: «Los sostenedores de su régimen eran, ante todo, los estratos sociales más bajos, los cuales, por primera vez en la historia del país, eran tenidos en cuenta y favorecidos por la cúspide del sistema político»<sup>27</sup>.

Guido Di Tella comparte este juicio al escribir que los aspectos sociales de la gestión de gobierno fueron los más definitorios para la formación del fenómeno peronista como expresión del populismo. «El peronismo les dio (a las masas) la sensación de poder, de sentido y de participación activa en los cambios políticos del país»<sup>28</sup>.

Evidentemente, para que lo anterior fuese posible, se dio la condición indispensable para que exista el populismo clásico: la existencia de recursos financieros. Como se anota en la tesis mencionada, «durante la Segunda Guerra Mundial, el país había llegado a tener un importante saldo favorable en su comercio con Europa, la cual dependía más que nunca de los suministros argentinos de carne y cereales»<sup>29</sup>.

En la distribución de recursos al pueblo, en su primer gobierno, su esposa, Eva, jugaría un rol capital. En los primeros dos años se entregarían directamente a la gente \$4.280.000 en diversas especies como zapatos, muebles, juguetes y alimentos. A tal efecto se usaban fondos del ministerio de Economía que salían de los superávits disponibles. En julio de 1948 se crea la Fundación Eva Perón con un claro propósito asistencialista. Llegó a tener más peso que algunos ministerios. Tendría a lo largo del país 14.000 funcionarios. El Congreso Nacional después la incluiría en las partidas presupuestarias. Los efectos políticos fueron claros: el endiosamiento de la figura de Eva Perón. Como dice un autor: «el énfasis en el personalismo trajo como consecuencia los títulos que llevaba Evita, la Dama de la Esperanza, la Madre de los inocentes, la Plenipotenciaria de los trabajadores»<sup>30</sup>. En buenas cuentas este asistencialismo fortaleció el personalismo de Perón, lo que era parte esencial de la mística populista.

27 Waldmann, Peter: «El Peronismo 1943-1955», Buenos Aires, editorial Hyspamérica, 1981, Pág. 56.

28 Di Tella, Guido: «Perón-Perón 1973-1976» Buenos Aires, editora Hyspamérica, 1983, Pág. 40.

29 Waldmann, Peter. Op. cit. pag. 57.

30 Crassweller, Robert: «Perón y los enigmas de la Argentina», Buenos Aires, Emecé editores 1988, Pág. 234.

Como todo populismo clásico, la estrategia de poder de Perón fue fortalecer el Estado. Este se hizo cargo de la orientación y dirección de las fuerzas sociales a través del control del sindicalismo y de la creación de un movimiento (el peronismo o justicialismo) de apoyo a su gestión. En lo económico, el Estado se convirtió en planificador y promotor del desarrollo en todos sus aspectos esenciales. En este último aspecto, durante su primer gobierno intensificó el control estatal sobre las transacciones económicas y financieras de todo tipo, compró a las compañías extranjeras algunas empresas importantes del sector servicios (telefonía y ferrocarriles, por ejemplo) y declaró propiedad del Estado todas las riquezas del subsuelo. En materia de comercio, dictó diversas leyes y decretos a través de los cuales se protegía la producción nacional.

Siguiendo dicho criterio estatizó el Banco Central que hasta entonces estaba en manos de compañías privadas, luego de lo cual amplió sus atribuciones. Estableció el monopolio estatal de la exportación de cereales, con lo cual el gobierno podía disponer de manera directa de parte importante de las divisas que entraban al país. El Estado jugaba roles activos en la compra de la mayoría de las materias primas básicas por los organismos estatales; en los otorgamientos de créditos a tasas negativas por intermedio del sistema bancario, semi nacionalizado, así como en el otorgamiento de los permisos de importación.

Los empresarios privados estuvieron de acuerdo en esta orientación de la economía. Se sentían ampliamente favorecidos por las medidas proteccionistas. Respecto de ellas, la Unión Industrial reconocía que por fin el Estado concedía al desarrollo industrial una atención que debía habersele concedido desde la crisis mundial de 1930. «Por fin el Estado reconocía los méritos del sector industrial creador de fuentes de trabajo para la mano de obra desocupada y su contribución al aumento del producto bruto interno»<sup>31</sup>.

Otro elemento indispensable lo constituía la figura carismática de Perón, a la cual habría que agregar pronto, en su primera administración, la de su mujer, Eva Duarte, prematuramente fallecida en 1952. Al decir de Crassweller, Perón como caudillo era un factor preponderante dentro de este esquema político por «su enorme habilidad para llegar al corazón de millones de personas en distintos niveles de intimidad psicológica»<sup>32</sup>.

31 Waldmann, Peter: op.cit. Pág. 182.

32 Crassweller, Robert: op.cit. Pág. 247.

Estos rasgos no cambiarán sustantivamente al llegar Perón por tercera vez al poder en 1973. En esta oportunidad su programa de gobierno seguía concibiendo un fuerte intervencionismo estatal y un marcado sello redistributivista. Al fin de cuentas se decía que «El Estado tiene que ser el principal agente para la transformación y el cambio del desarrollo del país»<sup>33</sup>. Uno de los rasgos poco conocidos del peronismo de los primeros gobiernos fue la vinculación que Perón hacía de su pensamiento con la doctrina social de la Iglesia Católica, cuestión que luego abandonará a partir de 1954, cuando comienza su confrontación abierta con la Iglesia.

En 1948 señalaba en un discurso: «La labor social que vengo desarrollando desde que ejerzo funciones de gobierno, va encaminada tanto a exaltar los valores espirituales, cuanto a buscar una mayor distribución de la riqueza... He querido y he logrado que los trabajadores perciban retribuciones justas, y mis esfuerzos a tal fin encaminados no representan un objetivo político sino social»<sup>34</sup>.

También de manera reiterada hacía presente que él procuraba aplicar desde el gobierno los contenidos de las encíclicas papales. Más tarde sobrevendrá el conflicto con la Iglesia, pero ello será iniciado -en honor a la verdad- por la Iglesia misma y no por Perón, quien en todo caso, reaccionará de manera violenta en su segundo e incompleto período. Pío XII y el Vaticano estimularon el desarrollo de las democracias cristianas en Europa y América Latina en el período de la segunda posguerra.

En 1949, Perón, modifica la Constitución y entre los cambios que se le introducen están varios inspirados en aquella doctrina. Abundan los derechos sociales. También las referencias a la moralidad y a los aspectos espirituales de la vida. Establecía la función social de la propiedad y como plantea un autor: «dicha propiedad estaba definida como algo subordinado a las necesidades de la economía nacional»<sup>35</sup>.

Con todo, en 1950, Perón insistiría: «El peronismo, que quizás a veces no respeta las formas, pero que trata de asimilar y de cumplir el fondo, es una manera efectiva, real y honrada de hacer cristianismo, por el que todos nosotros los argentinos sentimos una inmensa admiración»<sup>36</sup>.

33 Di Tella, Guido. Op. cit. Pág. 151.

34 Bitel, Deolindo: «Qué es el peronismo», Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1983, p. 90.

35 Crassweller Robert: «Perón y los enigmas de la Argentina», Buenos Aires, editorial Emecé, 1988, p. 216.

36 Bittel, Deolindo, op. cit. p. 95.

La ola demócrata cristiana que se percibía como competidora con el peronismo, en cuanto vertiente más liberal que se oponía a la versión más corporativa en la aplicación política de la Doctrina Social de la Iglesia, llega a Argentina en los inicios de la década del cincuenta y en julio de 1954 se fundará el Partido Demócrata Cristiano. Este se insertaría en la oposición política al peronismo y sufriría, por ende, la represión. Poco después estallaría el conflicto con la Iglesia, donde predominaba la alianza entre los sectores conservadores, que nunca habían sido seguidores de la Doctrina Social en los términos más abiertos, y los demócratas cristianos.

El conflicto con la Iglesia sería uno de los factores que terminará incidiendo en el derrocamiento de Perón en 1955. Sin embargo, lo anterior no puede hacer olvidar que el Justicialismo se presentó como una opción política de corte cristiano popular, a través de la cual en el promedio de la década de los cuarenta sería posible realizar la tarea redentora de las clases desposeídas que recomendaban las encíclicas. Al fin y al cabo entre éstas y el peronismo había un poderoso denominador común: el antiliberalismo.

Diferenciarse tanto del socialismo como del capitalismo liberal, tal fue el afán central del quehacer peronista. Es la razón por la cual se elabora la llamada doctrina Justicialista. Como el propio nombre lo indica, lo que se enfatiza es el ideal de “Justicia Social”, lo cual, a su vez, ensamblaba perfectamente con las tesis de la doctrina social de la Iglesia.

La llamada Tercera Posición que sustentaba Perón en materia de política exterior se plasmó en materia política interna en el Justicialismo. Este se definía de la manera siguiente: «El Justicialismo es una doctrina cuyo objetivo es la felicidad del hombre dentro de la sociedad humana a través de la armonización de las fuerzas materiales, espirituales, individuales y colectivas, apreciadas desde una perspectiva cristiana».<sup>37</sup>

El objetivo del Justicialismo era armonizar los intereses humanos, logrando una suerte de comunidad organizada en la que la dirección tutelar del Estado resultaba crucial, en un rol que encontraba su derivación no en los colectivismos socialistas, sino en las raíces sociales del pensamiento pontificio.

37 Mendé, Raúl: «Justicialismo», Buenos Aires, editorial Justicia, 1950, p. 5.

Este componente hace que Crassweller llegue a caracterizar al peronismo de la siguiente forma: «el peronismo puede ser definido en términos generales como un movimiento populista autoritario, fuertemente teñido por el pensamiento social católico, por el nacionalismo, por los principios orgánicos del corporativismo mediterráneo y por la tradición de los caudillos de la sociedad criolla argentina»<sup>38</sup>.

En los primeros gobiernos de Perón el régimen se fue inclinando por la pendiente autoritaria y antidemocrática. En la propia estructura de gobierno, los ministerios comenzaron a perder autonomía, mediante la creación de secretarías directamente dependientes del Presidente y cuya función era informar a éste y a la vez, orientar y vigilar a los Ministros. Los partidos políticos fueron perdiendo importancia frente al mayor peso de las llamadas organizaciones del pueblo, tales como la Central General de Trabajadores y la Confederación General Económica que nucleaba a los empresarios peronistas.

La relación entre peronismo y Estado comenzó a parecerse mucho a los esquemas fascistas. Así, Juan José Sebreli acota: «La glorificación del Estado en la primera etapa del peronismo se transformó a partir de 1950, en exaltación del partido peronista sobre el Estado. Si el peronismo comenzó identificándose con el Estado, en una etapa más avanzada, éste debió identificarse con aquél»<sup>39</sup>.

Formalmente el sistema siguió siendo democrático, puesto que el Congreso Nacional siguió funcionando. Pero, hay que considerar que en él ya en 1947 el peronismo tenía mayoría absoluta, lo que posibilitó la posterior reforma constitucional por la cual se cercenaron las atribuciones del parlamento, al punto de privarlo de todo control sobre el gobierno. La oposición parlamentaria, que en sí era débil, paso a ser un elemento meramente decorativo.

Fuertemente antiliberal, y colocándose además como alternativa al comunismo, el peronismo fue la primera expresión política gobernante en América Latina que pretendió encarnar y proyectar, en su primera fase, las aspiraciones temporales de la Doctrina Social de la Iglesia. El peronismo en cuanto movimiento populista se centró en la “liberación” de los sectores pobres y marginados, llamados “los descamisados”, en función de realizar los postulados de Justicia Social que decía portar.

38 Crassweller, Robert: op. cit. p. 248.

39 Sebreli, Juan José: «Los deseos imaginarios del peronismo», Buenos Aires, editorial Legasa, 1985, p. 67.

La convocatoria peronista logra separar al sindicalismo argentino de lo que venía siendo su trayectoria prácticamente natural: su vinculación con el Partido Socialista, que también termina por desaparecer. Fue el Estado peronista a través del Ministerio del Trabajo el que encabezó desde arriba al movimiento sindical y le otorgó importantes concesiones y le reconoció un protagonismo no sólo social sino que político. Esto posibilitará que, derrocado Perón en 1955, el Justicialismo se proyecte en el mundo sindical, cuestión que ha sido del todo clara hasta la tercera presidencia del ex general.

En la convocatoria a los “descamisados” es imposible dejar de considerar la figura y el significado político de la esposa de Perón en su primera presidencia: Eva Duarte. De origen humilde y poseedora de un discurso populista agresivo y movilizador, es ella la que ataca a la “oligarquía” y habla de la “redención” de los pobres. Será ella quien desde el Ministerio de Bienestar Social implemente políticas de reparto, sin más consideraciones que las determinadas por el corto plazo, que atraerán al peronismo a las masas marginales, pero que hipotecará seria y profundamente a la economía argentina.

Evita es una figura contradictoria. En el tercer peronismo, los sectores radicalizados como Montoneros, invocarán a aquella mujer antioligárquica y de lenguaje populista. Pero también la izquierda más intelectual le criticará severamente porque dicha convocatoria no permitió, en su momento, articular a una izquierda social capaz de convertirse en una fuerza decisiva. Se puede leer, al efecto, lo que dice Alejandro Horowicz: «Evita registra el rechazo (de las clases altas) y lo devuelve como odio visceral; es un odio recubierto de nerviosa envidia; es, en el fondo, el odio de un proletario marginal... Evita ensaya una reforma de fuerte musculatura, de fórmulas zahirientes, cargada de prepotencia y oscura venganza»<sup>40</sup>.

La convocatoria a los obreros y a los sectores marginales está en función de establecer una base social amplia de sustentación, pero que a la vez le dé proyección futura, tal como aconteció al hacer aparecer al sindicalismo y a los “descamisados” como los verdaderos

40 Horowicz, Alejandro: «Los cuatro peronismos», Buenos Aires, Editorial Legasa, p. 117.

protagonistas de los cambios sociales, por más que las decisiones políticas fuesen siempre cupulares.

Y en esto, nuevamente nos encontramos con un entronque con la Doctrina Social de la Iglesia. Un escritor peronista lo admite derechamente: «Las auténticas transformaciones que significaron un efectivo aporte al progreso y al perfeccionamiento de la sociedad argentina, se inspiraron en “ideas-fuerzas” que, amén de dinamizar las voluntades mayoritarias, implicaron una evidente superación en la defensa de los valores morales y de aquellos que pragmáticamente son requeridos por la comunidad en un momento dado para el bienestar general, conforme los postulados de la doctrina social cristiana». Luego agrega. «Esas “ideas fuerzas” interpretaron la realidad social existente y avizoraron las aspiraciones de la mayoría, que no concordaban con los intereses minoritarios deseosos de no innovar el statu quo vigente, contando con el apoyo de las fuerzas plutocráticas»<sup>41</sup>.

La relación entre peronismo y movimiento obrero, más concretamente expresado, con el sindicalismo, no puede reducirse a los primeros gobiernos de Perón. Su acción en el largo período del peronismo del exilio, será el sindicalismo un claro factor desestabilizador de las políticas que los diversos gobiernos, civiles y militares, trataron de implementar.

El peronismo logró generar un comportamiento sindical dispuesto a recibir satisfacción frente a sus demandas. Cuando ello ya no fue posible en un contexto de crisis económica, el sindicalismo recurría al expediente de la huelga general, que en verdad lograba paralizar al país. Ello aconteció, incluso, en el gobierno de Alfonsín, luego del tercer peronismo y de las últimas experiencias autoritarias.

En las experiencias democráticas de Frondizi e Illía, la irrupción del peronismo proscrito, sea a través de partidos instrumentales, sea a través de presiones sindicales globales, fue uno de los factores que terminó precipitando las crisis terminales de aquellos gobiernos. En buenas cuentas, los trabajadores conformaron un factor de poder a través del cual Perón actuaba. El sometimiento vertical hacia su persona, logrado en los años de su gobierno, se mantuvo en el período del exilio y sólo entró en crisis a la muerte del caudillo y terminó fraccionándose en la presidencia

41 Frenkel, Leopoldo: «El Justicialismo. Su historia, su pensamiento y sus proyecciones». Buenos Aires, editorial Legasa, 1984, p. 148.

de Memem. Pero, lo que allí había no era un sindicalismo autónomo, sino, como se desprende de lo anterior, estrechamente dependiente, primero del gobierno de Perón, y después de su figura e intereses políticos, que no eran otros que recuperar el poder. Por eso es que el sindicalismo peronista, los primitivos “descamisados” de Evita fueron entre 1955 y 1973 factores de presión y a veces factores antisistémicos.

El tercer y breve gobierno de Perón (1973-1974) también se rigió por el sello populista, por más que habían transcurrido décadas de sus administraciones anteriores. Fue el acrecentamiento de su liderazgo carismático y caudillista lo que le permitió forzar la renuncia del recién asumido Presidente de la República Héctor Cámpora a fin de que se convocase a nuevas elecciones donde él pudiera postular al cargo. Es más, en estas últimas elecciones donde ganó por abrumadora mayoría impuso como candidata a Vicepresidente a su esposa, María Estela Martínez, generándose la fórmula electoral Perón-Perón.

A su retorno a Argentina luego de su largo exilio, expresaría mesiánicamente: «Llego a vosotros para deciros que no estáis solos en vuestros anhelos de redención social». Tal vez la única y fundamental diferencia con el pasado, es que ahora no era un líder confrontacional, sino que buscaba representar un símbolo de unidad nacional, al decir que «el justicialismo llama hoy a todos los argentinos, sin distinción de banderías, para que todos solidariamente nos pongamos en la perentoria tarea de la reconstrucción nacional, sin la cual estaremos todos perdidos»<sup>42</sup>.

El programa de este tercer gobierno de Perón contemplaba medidas de reactivación económica, la que se conseguiría mediante el desarrollo de actividades industriales específicas, la reorganización del Estado con el fin de adecuarlo a sus nuevas actividades como guía para el conjunto de la economía, como mecanismo para la distribución del ingreso y como productor de bienes y servicios. Se buscaba afirmar la independencia económica del país mediante «un control estricto de las afluencias de capital, la inversión extranjera y el comercio internacional»<sup>43</sup>. Estas medidas económicas, sin embargo, no provocaron la reactivación deseada como lo demuestran la alta inflación, la caída de los salarios y el alto desempleo alcanzando en el tercer peronismo que incluye la administra-

42 Sigal, Silvia y Verón, Eliseo: «Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista», Buenos Aires, editorial Legasa, 1986, pág. 59.

43 Sturzeneger, Federico: «Descripción de una experiencia populista: Argentina 1973-1976», en Dornbusch, Rudiger y Edwards, Sebastián, compiladores: «Macroeconomía del Populismo en América Latina», México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pag. 102.

ción de María Estela Martínez, que sucede a su esposo tras su fallecimiento en 1974.

La garantía que existía -nominalmente- de que estos propósitos se cumplieren era que al Estado se le concebía como un mecanismo orientado por el poder político que interpretaba las mayorías nacionales, y en tal contexto, la economía no se regía por criterios técnicos, sino «mediante un acuerdo abierto con las principales organizaciones políticas, laborales y empresariales, sin ninguna conexión tecnocrática o elitista, pero que provendrá de un entendimiento claro de los intereses del pueblo»<sup>44</sup>.

En definitiva, el mensaje de fondo era claro: la influencia en el comportamiento general de los argentinos, en cuanto a esperar reformas redistributivas, fue asentando situaciones paternalistas y clientelares. Todo se espera del Estado. Las pugnas sectoriales se fueron dando no en función de crecer sino en orden a obtener ventajas del aparato gubernamental. Como lo afirma, positivamente para el peronismo, Waldmann: «la orientación distributiva de su gobierno no abarcó sólo las capas más bajas, sino que se extendió a todos los sectores sociales y económicos», dando lugar a lo que se ha llamado “repúblicacorporativa”<sup>45</sup>.

44 *Ibidem*, pag. 104.

45 Waldmann, Peter: “El Peronismo. 1943-1955”, Buenos Aires, Editorial Hispanoamérica, 1981, p. 149.

### III. EL POPULISMO MILITAR EN PERÚ: EL VELASQUISMO

Perú tiene dos experiencias populistas en los últimos cuarenta años: la del gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado y la del gobierno del líder del APRA, Alan García, las cuales examinaremos en la presente Memoria.

En octubre de 1968 es derrocado en Perú el Presidente Fernando Belaúnde. No se trataba de una intervención militar tradicional. Era el comienzo de una nueva etapa. Los nuevos gobernantes, imprimiendo el sello personal y carismático de Velasco al proceso, se proponían cambiar drásticamente la estructura del Estado peruano, lo que se evidencia a muy poco andar cuando el Presidente Velasco decreta la nacionalización de los yacimientos petroleros.

El llamado Proceso de la Revolución Peruana, será tomado como paradigmático por otras experiencias de la región, como la del general Guillermo Rodríguez Lara en Ecuador, la del general Alfredo Ovando en Bolivia, de muy corta duración, y la del coronel Omar Torrijos en Panamá.

La convocatoria del gobierno de Velasco será típicamente populista: buscará lograr movilizar a las capas bajas y medias, por sobre los partidos políticos, en pos de una comunicación directa entre el gobierno y la masa. Esa búsqueda se hará en torno a dos ejes: el sentimiento nacionalista, estimulado por un discurso fuertemente anti norteamericano, y el sentimiento populista que apuntaba a confrontar a ese pueblo al que se quería llegar con la “oligarquía” sector social al que se responsabilizaba de todos los males que el país había experimentado. A los pocos meses de estar en el poder, Velasco decía en un discurso público: «Sabemos que el gobierno revolucionario será atacado; las tenebrosas fuerzas de la oli-

garquía interna y externa defenderán hasta sus últimos esfuerzos los baluartes de privilegio y de dominio que han detentado siempre»<sup>46</sup>.

Al año siguiente, en un discurso pronunciado ante la CEPAL, el gobernante trazaba su proyecto político: «El Gobierno Revolucionario ha iniciado ya el cumplimiento de su compromiso de emprender en Perú un vasto proceso de transformación. En un país como el nuestro, esto significa reestructurar las bases mismas sobre las que se asienta el poder generalizado de la sociedad nacional y entender que los conceptos de desarrollo y de transformación no sólo interpretan sino que son en realidad virtualmente sinónimos. La visión del desarrollo como proceso transformador multidimensional significa también que él entraña un consciente y verdadero esfuerzo revolucionario. No hay, pues, desarrollo, sin transformación, vale decir, sin proceso revolucionario»<sup>47</sup>.

Volviendo a la conceptualización inicial que hiciéramos del populismo, nos encontramos que también este caso constituye una respuesta frente a demandas de modernización que se hacían presentes en la sociedad. Nuevamente, nos encontramos con el componente de configurar una alternativa excluyente, esta vez señalándose que se trataba de un proceso revolucionario, sabiéndose bien que las revoluciones no compiten. También tenemos el factor de conducción caudillista, al punto que será el excesivo personalismo del general Velasco lo que llevará a las propias Fuerzas Armadas a derrocarlo en 1975.

La izquierda peruana, por entonces poco articulada y que hacía tiempo se había desencantado del populismo aprista, dada la incoherente línea política de aquel partido y de su líder, Víctor Raúl Haya de la Torre, encontró en el gobierno de Velasco una canalización de muchas de sus expectativas de aquel entonces. De allí que apenas el gobierno hiciera pública su definición, le brindara un apoyo entusiasta.

Ismael Frías comenta en un libro suyo: «Todos sabíamos que el Perú no tenía otra salvación que una revolución de liberación nacional y social, que rompiera la dependencia externa del imperialismo y quebrase la dominación interna de la oligarquía, pero no existía a la vista nadie capaz de hacerla»<sup>48</sup>. Velasco y su intervención militar vienen a llenar ese vacío.

46 Velasco Alvarado, Juan: «Velasco, la voz de la Revolución», Lima, ediciones Peisa, 1970, p. 11.

47 Ibidem, p. 33.

48 Frías, Ismael: «La Revolución Peruana y la vía socialista», Lima, editorial Horizonte, 1970, p. 12.

El proceso peruano, obviamente, se percibía a sí mismo como irreversible, dándose la vinculación entre populismo e ideologismo que también caracterizará al gobierno de Salvador Allende en Chile. Velasco, respondiendo a quienes reclamaban el restablecimiento de la democracia, afirmaba: «Este gobierno tiene el deber de asegurar la continuidad de la revolución. Sería pueril que en el futuro permitiéramos la destrucción de la obra revolucionaria a manos de un nuevo gobierno conservador, que trabajaría para restablecer el pasado contra el cual insurgimos»<sup>49</sup>.

Como todo gobierno populista, el de Velasco se preocupó de mantener vigente y en ritmo creciente la movilización. Para ello creó el Sistema Nacional de Movilización Popular -SINAMOS-, por el cual procuraba mantener una legitimación social de su régimen. Esta movilización reemplazaba tanto a los partidos políticos, como a las instancias parlamentarias, a los que consideraba como instancias artificiales. A juicio del gobierno, SINAMOS promovería una participación auténtica y se extendió con sus oficinas a lo largo de todo el país. Estimularía el igual acceso a las organizaciones de parte de la población, enfatizando su voluntad de no ser el germen de un partido político ni ser portador de ideología alguna. Pero la entidad fue asumiendo paulatinamente rasgos de tipo ideológico y de “partido de hecho” al descalificar a los partidos políticos. Al decir de una estudiosa del tema: «En la práctica SINAMOS tenía muchas características de partido político y de hecho compitió con los partidos políticos»<sup>50</sup>.

Lo último queda muy bien expresado en palabras del general Leonidas Rodríguez, como jefe del SINAMOS: «No es lo mismo apoyar el proceso que militar en el proceso. Apoyar y no militar en él significa que no se suscribe ni su teoría ni su estrategia de desarrollo, ni su modelo final de sociedad. Apoyar el proceso y no militar en él significa, por tanto, tener una teoría, una estrategia y un modelo de sociedad distinta a los nuestros, es decir, tener una posición diferente a la nuestra. Lo que la revolución precisa es un compromiso militante y militar significa identificarse con la teoría y con la práctica de esta revolución, estar con ella en las buenas y en las malas. Las organizaciones que simplemente dicen apoyar a la Revolución están en realidad fuera de ella. Militar significa confiar en los hombres que dirigen la Revolución»<sup>51</sup>.

49 Velasco, Juan: op. cit. p. 106.

50 Mc-Clintock, Cynthia: «Velasco, funcionarios y ciudadanos: políticas de cautela», en varios autores: «El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980», Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1983, p. 328.

51 Pásara, Luis: «Velasco, el sueño frustrado», en varios autores, op. cit. p. 357.

La mística como elemento articulador se hace presente de manera sostenida. Ella es percibida como el motor de la movilización, como el compromiso más fuerte -mucho más que la participación institucionalizada- entre la masa y el líder. Se trata entonces de un populismo refinado, en que la explotación de la imagen de Velasco, la obra del gobierno y sus planes, la legitimación misma del proceso, está a cargo de una estructura gubernativa, lo cual se acerca -sin llegar a serlo, por cierto- a los esquemas totalitarios. No se trata de un populismo artesanal en que las cosas se dejan a la improvisación y a los simples discursos.

Velasco al asumir el gobierno no contaba con un ascendiente sobre la población. Se creyó por la mayoría de los sectores políticos que se trataba de un gobierno militar tradicional. Fueron los contenidos que imprimió a su gobierno, a su proyecto revolucionario, lo que agregaron apoyos sociales y políticos y ahí nació el líder carismático que encarnaba el proceso. En el llamado Estatuto del Gobierno Revolucionario se decía genéricamente, que el objetivo del proceso que se iniciaba era «promover a superiores niveles de vida, compatibles con la dignidad humana, a los sectores menos favorecidos de la población, realizando la transformación de las estructuras económicas, sociales y culturales del país»<sup>52</sup>.

En 1971 se traza un Plan Nacional de Desarrollo donde expresamente se señala: «La superación del modelo capitalista dependiente y del subdesarrollo requieren que el Estado asuma un rol de activa participación como promotor y guía del desarrollo nacional, a través de su intervención directa o indirecta en la actividad económica, sociocultural y política»<sup>53</sup>. De manera consiguiente se crean nuevos ministerios, nuevas empresas del Estado y se aumentan los controles y las regulaciones.

La revolución populista, nacionalista y militar era lo sustantivo. Durante un buen tiempo Velasco personaliza esta característica. Cuando su gobierno entre en crisis, los militares le depondrán invocando la legitimidad revolucionaria. Fuera de la Revolución, alejado del poder, Velasco poco pudo hacer. Por lo demás su salud estaba ya resentida y moriría poco después. Sus inmediatos seguidores, como el general Rodríguez, formaron un partido político tratando de proyectar el velasquismo a un escenario democrático. No tuvieron mayor éxito.

52 Gobierno Revolucionario del Perú. «Estatuto del Gobierno», Decreto Ley 17.063, Lima, octubre de 1968.

53 Gobierno Revolucionario del Perú: «Plan Nacional de Desarrollo 1971-1975», Lima, 1971, Pág. 76.

Quienes sí se beneficiaron con la Revolución peruana fueron las agrupaciones de izquierda. Atomizadas y sin mayor representación antes de ella, adquirieron presencia y fuerza electoral al punto de convertirse en alternativa electoral. Ellas, por cierto, no reivindican un proceso al cual apoyaron, pero del cual no fueron parte, sino que presentan a la Revolución Peruana como un intento de transformación social de tipo populista-militar que resulta frustrado, dejando tareas pendientes.

Como el resto de los populismos, el velasquismo logra desde el poder fortalecer extraordinariamente el Estado. Aumenta la burocracia, el impulso a la industrialización; de otra parte, hace crecer el número de obreros, la reforma agraria introduce la diferenciación campesina. El Estado se expande, mientras la sociedad civil se ve limitada en su propio desarrollo. No le es reconocida autonomía para expresarse, por más que se hable de participación social; esta es inorgánica.

En un primer momento no había estrategia económica alguna y las decisiones políticas se tomaban conforme a las presiones de diversos sectores, no existiendo mayor coherencia. Es que como todo populismo, al decir de Teresa Tovar, «El desarrollo del proyecto velasquista no seguía una línea recta. Por el contrario, es en su curso contradictorio que se van evidenciando los aspectos utópicos y los límites del proceso»<sup>54</sup>.

Ya en el segundo año se diseñó una estrategia que partía de la base de la opinión militar de que «la monopolización y mala distribución de los recursos económicos por parte de la oligarquía e inversionistas extranjeros, eran responsables del estancamiento económico, por el desequilibrio creciente y por el fracaso en filtrar los beneficios a través del sistema adecuadamente»<sup>55</sup>. Por consiguiente, la reforma de la propiedad era el factor crucial e indispensable para reestructurar la economía.

La recomposición de la propiedad se evidencia en las nacionalizaciones que operaron en las áreas mineras, pesca e industria pesada, así como en el impulso de la reforma agraria y en la expansión de las empresas del Estado. En 1975, en que se detiene el proceso por el derrocamiento de Velasco, había el siguiente muestreo en cuanto a tipos de propiedad empresarial: el 31% estaba controlado por el Estado; el 40% pertenecía al sector privado nacional; el 17% aún estaba en poder de inversionistas

54 Tovar, Teresa: «Velasquismo y Movimiento Popular. Otra historia posible», Lima, Desco, 1985, p. 45.

55 Thorp, Rosemary: «Evolución de la economía peruana», en Mc Clintock, Cynthia y Lowenthal, Abraham, compiladores: «El Gobierno Militar. Una experiencia peruana 1968-1980», Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1985, Pág. 68.

extranjeros y el 12% pertenecía al nuevo sector cooperativo derivado de la reforma agraria. De otra parte el Estado controlaba el 75% de las exportaciones, el 50% de las importaciones, el 75% del crédito bancario y el 33% del total de la oferta de empleo.

En materia laboral la intención inicial fue incorporar a los trabajadores a la gestión y participación de las empresas, pero -paradójicamente- donde primero fracasó este esquema fue en las empresas del Estado por la alta conflictividad que generó<sup>56</sup>.

Vendría, luego, el momento en que la crisis económica se agudizaría. Las empresas públicas eran deficitarias y el gobierno era renuente a elevar los precios de las tarifas de los servicios públicos y de las empresas del Estado en general para proteger los sueldos. También había un fuerte subsidio a las importaciones, con lo cual rápidamente se avanzó a la crisis del esquema económico. Entonces afloraron reivindicaciones de diversos sectores que habían sido estimulados por el populismo, pero respecto de los cuales no se contemplaba su autonomía. Tales demandas, obviamente fueron planteadas al Estado y éste no tenía una capacidad de respuesta. Entonces empezó a reemerger, tibiamente en un principio, y con fuerza en el gobierno del general Morales Bermúdez, el discurso de retorno a la democracia. Esa misma democracia que nada decía a las masas en el auge del velasquismo, terminó siendo invocada como la única salida posible a la crisis después del derrocamiento de Velasco.

A juicio de analistas, al ser derrocado Velasco y producirse la inflexión tanto económica como política en el gobierno del general Francisco Morales Bermúdez, el país estaba sumido en una crisis económica profunda: «enfrentado a serios déficit en todos los frentes: déficit externo, déficit fiscal, presiones inflacionarias y desempleo creciente. Sin un modelo económico propio y bajo la presión de la comunidad bancaria internacional, los militares tuvieron que aceptar la penosa evidencia de una crisis inesperada»<sup>57</sup>.

El paradigma de la Revolución peruana se aplicó en Ecuador cuando los militares deponen a Velasco Ibarra, instalando en el poder al general Guillermo Rodríguez Lara, el que desarrollará una política de reformas parecidas a la de su colega peruano, fundamentalmente en el énfasis na-

56 Véase Fitzgerald, E.V.K. «Capitalismo de Estado en el Perú. Limitaciones de un modelo de desarrollo económico», en Mc Clintock, Cynthia y Lowenthal, Abraham, compiladores, op. cit. Pág. 95.

57 Schydowski, Daniel, y Wicht, Juan: «Anatomía de un fracaso económico», en Mc Clintock, Cynthia y Lowenthal, Abraham, compiladores, op. cit. Pág. 131.

cionalista de “recuperar” la riqueza petrolera. Produce también una transformación social mediante reformas laborales y estimula una participación inorgánica de la sociedad. Sin embargo, en lo personal, su figura no alcanza los relieves de Velasco, pudiendo señalarse el proceso ecuatoriano como el de un nacionalismo militar de izquierda, con innegables características populistas, pero sin el rasgo de un caudillismo por la opacidad de su máximo dirigente, así como porque él no hizo mayor esfuerzo en establecer una relación de dominación carismática, usando una categoría weberiana, con su pueblo.

Más importante, en lo de la aplicación paradigmática, es el caso del general Omar Torrijos en Panamá, aun cuando a este respecto se puede hablar de una influencia del modelo peruano sólo en un principio, por cuanto el torrijismo después adquiriría sus propias singularidades y se proyectaría como padrón de gobierno, con variaciones a lo largo de su implementación, hasta varios años después de la muerte de Torrijos, hasta que los compromisos del general Manuel Antonio Noriega con el narcotráfico precipitaron a Panamá a una crisis político-institucional que terminó con la intervención norteamericana.

Respecto de Torrijos, Touraine escribe: «En Panamá, Torrijos, apoyado por la Guardia Nacional, combina movilización nacional, desarrollismo económico y transformación social con gran éxito». Uno de los factores convocantes en el populismo panameño es la nacionalización del Canal, con lo cual se despiertan y se manipulan sentimientos nacionalistas y anti norteamericanos. En materia agraria, se implementa una reforma por la cual se crean asentamientos campesinos, como en la reforma agraria de Frei Montalva en Chile. Asume la tarea modernizadora de la industrialización para lo cual se construyen grandes ingenios azucareros, así como se moderniza el área del comercio y de la banca, llegando a ser Panamá uno de los importantes centros de finanzas del continente. Modifica la legislación laboral con un claro sentido de favorecer a los trabajadores. Suprime, por largos años, a los partidos políticos y después crea uno propio para proyectar los ideales de su revolución. Establece formas corporativas de participación ciudadana, las que luego serán dejadas de lado para volver a la representación formalmente democrática. Pero, todas estas transformaciones, como lo anota el autor francés, se hacen bajo el signo populista: «Se trata claramente de un régimen auto-

ritario en el cual la relación entre el líder y el pueblo se establece directamente. Los diputados (delegados de los corregimientos) son simples intermedios entre los grupos sociales y el poder»<sup>58</sup>.

58 Touraine, Alain: op. cit. p. 157.

## IV. EL POPULISMO DE HUGO CHÁVEZ EN VENEZUELA

En los últimos cinco años, Venezuela ha vivido una experiencia de tipo populista más entroncada con el populismo clásico que con el llamado neopopulismo. Ella se corresponde básicamente con el gobierno del Presidente Hugo Chávez.

La llegada al poder de Chávez por la vía electoral (había intentado llegar por la vía del golpe de Estado en febrero de 1992), debe entenderse como la culminación de un largo proceso de deterioro de las instituciones del país, en la última década fuertemente sacudidas por las imputaciones de corrupción a connotados dirigentes, entre ellos al ex Presidente de la República, Carlos Andrés Pérez, que fue destituido de su cargo a través del procedimiento del juicio político, a lo que hay que sumar una prolongada crisis económica, especialmente agravada en la segunda presidencia de Rafael Caldera, el mandatario que antecedió a Chávez. Este cuadro se agravó con la repercusión internacional de la crisis asiática y por la variación a la baja del precio del petróleo.

Como bien lo dice Manuel Caballero, sociólogo venezolano, Caldera era prisionero de sus promesas electorales, «de las expectativas que su elección había generado. El era uno de los fundadores de una república cuya particular forma de Estado de bienestar había acostumbrado a la gente a que buen gobierno significaba gobierno magnánimo, gobierno distribuidor de la riqueza generada por el petróleo»<sup>59</sup>.

Cierto es que en la mitad de su gestión Caldera intenta rectificar la conducción de la economía y se apronta a promover procesos de apertura y liberalización. Al efecto llama al Ministerio de Hacienda a Teodoro Pettkoff, ex guerrillero de los años sesenta, posteriormente convertido a las premisas de la economía de mercado. Él propuso un plan de emer-

59 Caballero, Manuel: «La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la Democracia venezolana», Madrid, ediciones Catarata, 2000, Pág. 137.

gencia capaz de derivar en una estrategia de desarrollo de inspiración mercadista: la Agenda Venezuela.

Al asumirla, Caldera dio un drástico viraje a su gobierno, dejando atrás los rasgos populistas con que había llegado al poder y poniendo en marcha programas y medidas liberales que en un primer momento implicaron imponer un severo período de ajuste recesivo. La Agenda Venezuela era un conjunto de políticas públicas que tiene como principales objetivos reducir significativamente la inflación, restaurar la confianza interna y externa en la economía, y sentar los fundamentos para un crecimiento económico sostenido y para la reducción de la pobreza, con base en un principio de solidaridad y justicia social.

La Agenda Venezuela contemplaba los siguientes objetivos: la estabilización económica en el corto plazo, reformas estructurales, un nuevo papel del Estado, programas sociales, crecimiento sostenido con base en el aprovechamiento de las oportunidades que ofrece el país y lograr una visión de futuro basada en el consenso y la viabilidad política. La Agenda fue implementada para hacer frente a una profunda crisis que se arrastraba desde hace varios años, cuyas expresiones más visibles eran la caída sostenida del ingreso real y el agotamiento del Estado rentista, cuestiones que crearon las condiciones para un incremento de la pobreza y para el cuestionamiento de la legitimidad de las instituciones políticas.

La Agenda Venezuela importó una drástica rectificación en el gobierno de Caldera al reintroducir el tema de las privatizaciones, a las cuales el Presidente era absolutamente contrario. El impulsor del relanzamiento del programa privatizador fue, paradójicamente, el ministro socialista, Teodoro Petkoff. Sobre el tema de las privatizaciones, la Agenda contemplaba: «una participación más activa del sector privado en la economía, la reestructuración del Estado y el equilibrio fiscal. El gobierno busca transferir a manos privadas importantes activos en propiedad del Estado. Todo ello basado en la creencia de que los procesos de privatización estimulan la competitividad de los mercados, contribuyen a la modernización de la economía y al redimensionamiento del Estado y en general a la generación de riqueza»<sup>60</sup>.

60 «Agenda Venezuela», Ministerio de Planificación y Cooperación, Venezuela, 1996.

Sin embargo, la aplicación de la Agenda Venezuela generó un clima recesivo que se tradujo en numerosas protestas sociales y paros gremiales. El conocido escritor Arturo Uslar Pietri caracterizaba así el escenario del país: «Venezuela está atravesando una etapa de confusión extrema. La sensación general es que no hay una dirección ni un proyecto nacional. Desgraciadamente el Presidente Caldera ha optado por el camino de explicar lo menos posible qué es lo que está haciendo»<sup>61</sup>.

Como la rectificación de Caldera fue tardía e insuficiente, y la crisis económica, si bien dio señales de estar remontándose, no se neutralizó, se generó un clima de frustración respecto de los políticos que desencadenó un masivo apoyo a la candidatura presidencial de Chávez en 1998.

Hugo Chávez encabezaba desde el promedio de la década de los noventa, el Movimiento Bolivariano Revolucionario que recogía las ideas inspiradoras del levantamiento golpista que este coronel de ejército intentó contra el ex Presidente Carlos Andrés Pérez. Él y su movimiento representaban una alternativa nacionalista de izquierda que planteaba un fuerte discurso antipartido con tonos rupturistas, como cuando afirma que seguían vigentes las causas que animaron la rebelión militar.

En las elecciones presidenciales de diciembre de 1998 Chávez ganó de manera holgada con el 56,4% de los votos contra un 35,6% de su más cercano contendor, el empresario Enrique Salas Romer, apoyado por una gran coalición de partidos políticos. El ex militar triunfa ampliamente. En primer lugar, no requiere de una segunda vuelta donde podría haberse generado un espacio de negociación con otras fuerzas políticas, y en segundo lugar, gana a un heterogéneo frente político en que entraban, casi hasta última hora, todos los que querían impedir que él llegara al poder.

Muy lejos llegaron los otros candidatos, varios de los cuales alcanzaron a tener, en medio de una larga campaña, importantes porcentajes de apoyo que, sin embargo, se desvanecieron a medida en que el clima electoral se fue polarizando. Es el caso de la independiente Irene Sáez, que logra un 3,2% y de Luis Alfaro Ucero, con un 0,4%. Ambos fueron abandonados a última hora por los partidos históricos Copei y Acción Democrática respectivamente.

61. «Venezuela enfrenta crisis económica y social», en «El Mercurio», 8 de febrero de 1997.

El resultado de la elección presidencial de Venezuela es revelador del agotamiento de un sistema político institucional que ya había dado señales de alerta de crisis con la elección del Presidente saliente, Rafael Caldera, al margen de los partidos políticos institucionalizados.

La coalición triunfante la componían básicamente tres partidos: el Movimiento V República, que él formó tras su aventura golpista, el Partido todos por la Patria, y el Movimiento al Socialismo, MAS, tradicional colectividad de izquierda que también respaldó al gobierno de Caldera, el Movimiento Electoral del pueblo (MEP), el Partido Comunista de Venezuela (PCV). Pese a esto, hacia el año 2003, la presencia activa de estos partidos se había diluido en un todo genérico que es el Movimiento Bolivariano Revolucionario, que en buenas cuentas significa más que una orgánica, «una red clientelar que ha de vincularse directamente con el Presidente Chávez»<sup>62</sup>.

Interpretando el triunfo de Chávez, un economista de la Universidad Central de Venezuela dice: “es visto como un hijo del pueblo, como un poder vengador contra esa clase política que, además de corrupta, no supo administrar los recursos en el país”<sup>63</sup>. Excelente imagen para ganar, en medio del colapso del sistema tradicional, pero inquietante perfil a la hora de intentar fundar un nuevo régimen.

Desde fuera de Venezuela, la elección de Chávez también es interpretada como expresión de una crisis terminal del sistema político. A juicio del peruano Fernando Rospigliosi, “el sistema de partidos venezolano se ha deshecho y no ha sido reemplazado por uno nuevo. Un caudillo autoritario con pretensiones de Mesías ha llegado al poder con el respaldo de una población agobiada por una larga crisis económica, hastiada de la corrupción y esperanzada por un rápido cambio que les devuelva la prosperidad”<sup>64</sup>.

En materia económica, el gobierno de Chávez intentará establecer un modelo que él llama de «economía humanista, autogestionaria y competitiva». Humanista por tomar en cuenta las necesidades de los venezolanos. Autogestionaria por estimular la democratización económica y las formas organizativas alternas. Competitiva, por generar productos nacionales capaces de satisfacer los requerimientos de la población y con la

62 López Maya, Margarita: «El paro cívico del 10 de diciembre», en Revista Nueva Sociedad N° 177, Caracas, enero-febrero de 2002.

63 “En busca de un nuevo destino”, reportaje de Carolina Díaz, en “El Mercurio” de Santiago, del 14 de noviembre de 1998.

64 “Otro Mesías en Venezuela”, artículo de Fernando Rospigliosi, en Revista “Caretas”, Lima, 15 de diciembre de 1998.

capacidad de competir en mercados internacionales. Fundamentará la economía en una dinámica productiva interna tomando en cuenta la tendencia hacia la globalización.

Su proyecto está marcado por la intervención del Estado. Sostiene, en efecto, la necesidad de un proyecto de dinamización del aparato productivo nacional, que apunta en cuatro direcciones. Desde ya esto importa fuertes dosis de proteccionismo, pero que al decir de Chávez, ello no niega la necesidad de la inversión internacional, o la participación en ese proceso de la industria transnacional o internacional. Lo importante, con todo, es “impulsar y fortalecer desde dentro nuestra industria nacional”.

Todas estas definiciones y medidas se inscriben en una concepción de rechazo absoluto a una economía de mercado, como bien se reconoce al iniciar el programa económico. Se dice: “El modelo económico vigente (al que erróneamente identifican como de mercado porque hizo algunas pocas privatizaciones) ha generado en el país una desigual distribución de la riqueza, manteniendo a amplios sectores de la población en niveles de pobreza y restringiendo su incorporación al aparato productivo. Dicho modelo se orientó por un privilegio al lucro y al enriquecimiento en un primer momento, y posteriormente al mantenimiento y desarrollo de indicadores macroeconómicos. Todo ello en desmedro de las condiciones de vida del venezolano y en perjuicio de las condiciones ambientales y de la calidad de vida de las comunidades que integran el país”<sup>65</sup>.

En el ámbito político, la convocatoria a la Asamblea Constituyente, importa, a juicio del propio Chávez, establecer un nuevo modelo político venezolano. Tal propósito programático se vio ampliamente cumplido con la elaboración y puesta en marcha de una nueva institucionalidad. En efecto, se celebran elecciones para la Asamblea Constituyente. En ellas el gobierno gana ampliamente. La Asamblea elabora una nueva Constitución, la que es sometida a plebiscito donde se impone con holgura. El resultado de la elección de constituyentes marca el punto más alto del rechazo ciudadano a los partidos, cuando la oposición al nuevo gobierno solo alcanzó 4 escaños en 120.

65 “Programa Presidencial del candidato Hugo Chávez”. Parte Económica “Equilibrio económico: humanista, autogestionario y competitivo”, Página WEB de la Candidatura, 1998.

La aplicación de la nueva Constitución importa una renovación de las autoridades ejecutivas y legislativas. En las elecciones presidenciales, Hugo Chávez postula a la reelección y gana por amplia mayoría, 59% de los votos. Sin embargo, esta vez hay un 44% de abstención, «lo que puso en evidencia el agotamiento del rito democrático y el aumento de la protesta silenciosa». Puede mencionarse que este es el punto de partida de involución democrática del proceso chavista, porque en adelante se advertirán más los rasgos autocráticos, incluso dándole más visibilidad a los llamados Círculos Bolivarianos, que no son sino grupos de choque armados, que nominalmente tienen por misión la «promoción política y social comunitaria»<sup>66</sup>.

Con esto se pone fin a una etapa en que desde su llegada al gobierno a inicios de 1999, el gobernante se dedica a desmontar la vieja institucionalidad y sustituirla por otra nacida al calor de la euforia de un movimiento populista articulado como protesta al calamitoso estado del país en ese entonces.

La etapa transicional del régimen chavista estuvo marcada por una conducción autoritaria del gobernante, aunque respaldada por una mayoría electoral. Aquí es cuando se decretan los llamados “estados de emergencia institucional”, y se intervienen, en los hechos, desde el Ejecutivo, los poderes Legislativo y Judicial. El país vivió en lo político los efectos de un proceso revolucionario, manteniéndose en todo caso la liturgia formal de los procedimientos democráticos: plebiscito para convocar a elecciones de Asamblea Constituyente; elección de ésta, plebiscito constitucional; elección de nuevas autoridades.

Todo lo anterior en un contexto de colapso del sistema de partidos, escenario que -en todo caso- se venía señalando en los años de la administración Caldera, y por lo tanto sin que existieran alternativas claras y válidas al proyecto transformador de Chávez.

La transición chavista ha sido un proceso eminentemente político. Lo medular para el Presidente era hacer el cambio institucional, donde lo económico fue relegado a un segundo plano pese a los graves problemas sociales que se derivan de una crisis económica que se arrastra por más de una década y que se agudizó en los años siguientes.

66 Las citas corresponden a Maingon, Thais: «Venezuela. ¿Sentencia del desastre?», en Revista Nueva Sociedad N° 179, mayo-junio del 2002.

Esto que en otra situación pudo resultar intolerable para los electores, fue aceptado inicialmente por la población, pensándose en que Chávez no había tenido el tiempo necesario para enfrentar la crisis económica, dado lo prioritario del cambio institucional, el que de esta forma es visto como el paso más importante para resolver los problemas sociales y cotidianos de las personas. Sin duda que en esto no hay demasiada racionalidad, pero hay que entender que en este proceso la gente se ha movido por emotividad, endosándole la superación de sus frustraciones a un líder mesiánico que a su vez desarrolla un discurso consonante con tal predisposición ciudadana. Claramente aquí se hizo presente un típico rasgo populista.

En cuanto fenómeno populista, el chavismo en particular cuenta con dos motores: el carisma mesiánico del Presidente y la fuerte crisis de legitimidad por la que atraviesan los partidos políticos tradicionales. En tal contexto, Chávez aparece como el «salvador». De otra parte, su pretensión de democracia directa se fundamenta en el llamado «telepopulismo», que le posibilita una comunicación directa y cotidiana con la población. A diferencia de los populismos clásicos, Chávez usa a su favor la presencia de los medios de comunicación. Así, los seguidores incondicionales están cautivos de un liderazgo altamente personalizado, que se asemeja al rol de los iluminados religioso-mesiánicos.

No se trata de una situación apocalíptica y de una desintegración total, pero sí de la dificultad creciente de las instituciones para realizar las transformaciones urgentes y pertinentes. Las instituciones y los partidos han perdido su impacto en la dinámica política y su facultad de rendir cuentas a la sociedad.

Uno de los rasgos de Chávez en el proceso de transformación que ha vivido el país en los últimos años ha sido «concientizar a la población vulnerable de la necesidad de reclamar y defender sus derechos y, más aun, recuperar la política como forma de acción colectiva», pero a la vez, «Chávez y sus colaboradores más incondicionales han demostrado una muy escasa tolerancia hacia la disidencia. La exigencia de adhesión absoluta impide toda capacidad crítica»<sup>67</sup>. Esta característica bien la puede compartir otro populismo, como el peronismo de los alrededores de los años cincuenta. Además el propio Chávez explicita su mesianismo cuan-

67 Zubillaga, Verónica: «Venezuela. Contra el esencialismo político», en revista Nueva Sociedad N° 179, Caracas, Mayo-Junio del 2002.

do afirma que «las condiciones del país, la falta de liderazgo, un pueblo que estaba rendido, que estaba adormecido, de repente sale un hombre como yo»<sup>68</sup>. El autoritarismo de esta expresión populista se refuerza a través de un fuerte liderazgo presidencial, de la recurrencia a los decretos ejecutivos (que implican una suerte de legislación directa sin pasar por el Parlamento), la ratificación plebiscitaria de ciertas decisiones del gobierno, además de la retórica antipartido. Por último, no hay que dejar de considerar que la base social del chavismo proviene de «sectores marginales de la población, de los trabajadores no sindicalizados<sup>69</sup>», donde encuentra fácil recepción el discurso mesiánico del líder.

En diciembre del 2002 se inicia un prolongado paro general que durará hasta febrero del 2003. Los empleados de las empresa petrolera estatal también adhirieron al paro colocando a la economía venezolana en una situación de extrema vulnerabilidad. El propósito de la oposición social y política era crear un clima de ingobernabilidad que precipitara la caída de Chávez, pretendiendo esta vez hacer más perfecta su caída que en abril del 2002. El proceso de creciente oposición se había expresado a contar del año 2001 cuando la caída del precio del petróleo fue agudizando la ya permanente crisis económica.

En la economía venezolana hay dos crisis que se suman: la coyuntural provocada por el tipo de gestión del gobierno de Chávez, incluyendo su enfoque respecto de la estrategia de desarrollo, profundamente estatista y antisector privado; y la estructural, que se arrastra por más de una década y que es derivación del fracaso del modelo rentista de sociedad que en ese país se estableció sobre la base de la riqueza petrolera. En materia de crecimiento, si el 2002 cerró con una tasa negativa de casi-8%, en el primer trimestre del año 2003, la caída fue de -29%, siendo la proyección anual de un decrecimiento del -12%. A ello hay que agregar una fuerte caída en las reservas internacionales y un fuerte decrecimiento de la producción petrolera, principal factor de ingreso de recursos a la economía del país, donde se pasaría de casi los 3,5 millones de barriles por día con que promedió el 2002, a 1 millón de barriles por día con que cerró en enero del 2003, en medio del conflicto. El desempleo oficialmente reconocido se empina, entre tanto, en el 21%.

68 Bilbao, Luis: «Chávez y la Revolución Bolivariana», Santiago, editorial Aún creemos en los sueños, 2002, Pág. 42.

69 Eliner, Steve: «Venezuela imprevisible. Populismo radical y globalización», en Revista Nueva Sociedad N°183, Caracas, Enero-Febrero de 2003.

En suma, la crisis económica está determinada en gran medida por factores de orden político, donde además de las restricciones gubernativas, el costo de las huelgas y de los saqueos representa el 1,5% del PIB, según la Oficina de Asesoría Económica y Financiera de la Asamblea Legislativa.

Como puede leerse en un Análisis de Riesgo Político: «En el orden político, Venezuela es un país fuertemente fragmentado. No existe consenso alguno entre gobierno y oposición ni sobre la conducción del país, lo que puede calificarse de coyuntural, ni sobre la propia institucionalidad establecida por Chávez, lo que ya es una divergencia de tipo estructural. No hay confianza de la oposición en las instituciones, ni hay esfuerzo del gobierno por avanzar hacia un clima de convergencia, limitándose a usar la imposición, la discrecionalidad y las amenazas»<sup>70</sup>.

70 Benavente, Andrés, Jaraquemada, Jorge y Althaus, Karl: «Análisis de Riesgo Político de Inversión» N° 2, Abril-Junio de 2003, Escuela de Postgrado de la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad Diego Portales.



## CONCLUSIONES

América Latina dista mucho de ser un continente en que las esperanzas de desarrollo estén fundadas en la proyección de su trayectoria histórica. Por el contrario, su tradición centralista, la marcada característica intervencionista del Estado, la pugna corporativa de intereses sectoriales, el populismo de varias de sus formulaciones políticas, apuntan en un sentido contrario: a la mantención de un escenario negativo con que el continente se asomó a la década de los ochenta: estancamiento económico, hiperinflación, sobredimensión del Estado, sociedad civil embrionaria y una naciente democracia que en sus comienzos quiso volver a encontrarse con viejas raíces populistas y socialistas.

Sin embargo, los rasgos anteriores han entrado en crisis. Fue en la segunda mitad de los ochenta en que el común denominador de las políticas de los gobiernos del continente fue propender hacia una Reforma del Estado, redefiniendo su tamaño y sus roles. Figuras carismáticas en su momento, como Menem en Argentina y Collor de Melo en Brasil, no se han inclinado por la pendiente populista de sus predecesores, y lejos de halagar al pueblo con aparentes soluciones de corto plazo, se han comprometido con una transformación importante como es la Reforma del Estado, lo que en ese mismo corto plazo les implica tomar medidas impopulares que no otorgan, precisamente, beneficios electorales.

El socialismo tradicional que, como idea inspiradora de muchos proyectos sociales -populistas o no-, estuvo siempre presente como una opción política y económica por la que diversos gobiernos optaron a la hora de redistribuir una riqueza cada vez más escasa, se encuentra también en franca crisis. Sus paradigmas clásicos se han derrumbado, y allí donde la planificación central fue el motor central de toda una estructura societal, como lo fue la Unión Soviética, los gobernantes se empeñan en superar aquellos viejos moldes por ineficientes, y reemplazarlos por un esquema de mercado. El colapso del socialismo clásico, aun en sus variantes democráticas, repercutió en quienes en América Latina se inclinaban por esta vía. Baste ver el caso venezolano en que el ex Presidente

Carlos Andrés Pérez decide cortar bruscamente con su propio pasado político y emprender una reforma del Estado de corte neo-liberal, o al ex Presidente de Bolivia, Víctor Paz Estenssoro, antiguo caudillo de la revolución estatista de 1952, asumiendo un rol privatizador de la economía de su país. Hoy casi no quedan socialistas que quieran insistir en sus antiguos esquemas. El gobierno, recién iniciado de Luis Ignacio Da Silva en Brasil, y su viraje hacia políticas económicas realistas que se compatibilizan con la economía de mercado, es un ejemplo ilustrativo al respecto<sup>71</sup>.

Ha desaparecido la amenaza populista de América Latina?

Hace algunos años, Darcy Ribeiro escribía sobre uno de los rasgos del estilo populista: «Fuera del poder, los liderazgos populistas se presentan como auténticos renovadores dispuestos a cambiarlo todo. Este compromiso de renovación sólo se mantiene en el período electoral y cambia como sus discursos, según el gusto de cada grupo de electores. En el poder se ven compelidos a acomodar su postura demagógica a sus compromisos reales de agentes de la perpetuación del orden vigente, ya que gobiernan bajo la estricta vigilancia de los grupos militares que les garantizan su toma de posesión, de los grupos patronales que costearon sus dispendiosas campañas y de las jerarquías eclesiásticas a las que dieron seguridades de respeto a sus tradiciones»<sup>72</sup>.

71 Sobre la elección de Lula da Silva véase: Benavente, Andrés, Jaraquemada, Jorge y Althaus, Karl: «Brasil: Definiciones Electorales e Incertidumbre Económica», Documento de Trabajo, Escuela de Postgrado de la Facultad Economía y Empresa de la Universidad Diego Portales, Noviembre de 2002, complementado con los «Análisis de Riesgo Político en América del Sur». N°s 1 y 2, de abril y julio del 2003, respectivamente.

72 Ribeiro, Darcy: «El Dilema de América Latina: Estructuras de Poder y Fuerzas Insurgentes». México, Siglo XXI, 1982, p. 206.

Si se considera el lenguaje electoral de Menem en Argentina, de Collor de Melo en Brasil, de Fujimori en Perú, en los años noventa, puede concluirse apresuradamente que las palabras del antropólogo brasileño son acertadas. Pero un análisis más de fondo, lleva a una conclusión diametralmente opuesta. Es más bien el llamado «neopopulismo», que tiene otras connotaciones, tales como una apelación mediática a la población, pero manteniendo la disciplina macroeconómica. Aquellos gobernantes, ya en el poder, no acomodan su discurso a los intereses sociales indicados, ni se muestran empañados en conservar un orden social existente. La reforma del Estado, que cada uno de ellos con sus respectivas singularidades emprendió, importó una transformación de la sociedad, significó una disminución de los roles del Estado. Esta reforma del Estado encontró oposición no sólo en los sectores laborales, sino que en el empresariado tradicional, acostumbrado a vivir adormeci-

do, sin competir, bajo el regazo de un Estado proteccionista. Tampoco las ideas económicas liberales de reforma del Estado y apertura económica son aceptadas fácilmente por las derechas tradicionales del continente, que oscilan entre comportamientos populistas, búsqueda de hombres providenciales o apelación al “partido militar” usando la terminología de Rouquié<sup>73</sup>.

La excepción clara al declive del populismo tradicional es la Venezuela de Hugo Chávez. Sin embargo, a diferencia de las experiencias tradicionales del populismo, ésta se ve reducida cada vez más a menor respaldo, lo que conlleva aparejada una mayor ideologización del proceso. Con todo, tanto las expresiones clásicas como la venezolana importan un factor de riesgo para la estabilidad de la institucionalidad democrática en lo político y la certeza de un profundo deterioro en las condiciones de la economía.

Talvez superado el caso venezolano, América Latina podrá asistir a la expansión y consolidación de una nueva forma de relaciones económicas y sociales, en que el populismo sea cada vez más un referente del pasado.

73 Rouquié, Alan: «El Estado Militar en América Latina», Buenos Aires, editorial Emecé, 1982.